REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica | 1935 | Sábado 9 de Marzo | Núm. 10

Año XVI—No. 722

SUMARIO

Atahuallpa, epónimo del incario

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

= *Envío del autor.*—México, D. F. Febrero, 1935 =

Así como la presencia en retorno de Quetzalcoatl marca un límite para la más alta cultura que el Occidente invasor encontró en la América del Norte, la nahoa-mexicana, la del mito de Viracocha Pachaya-Chachic explica la tragedia de la que fué la más pura culminación de la dinámica colectiva en Sud-América precolombina. Y este hilo fascinador es el que nos guía, como en las etapas de un laberinto histórico de dramática singular, al leer la biografía de Atahuallpa, el epónimo del incario, el representantivo de una muchedumbre teocratizada en que todo concurría a la anulación de la individualidad. El biógrafo, Benjamín Carrión, el esclarecido escritor ecuatoriano que tantas esencias occidentales lleva en su espíritu, sin haber perdido el matiz ancestral que de parte del indio lleva en sangre y cultura, no nos da solamente en este libro la imagen de una divinidad humana en que se encarnaban las virtudes universalistas del pueblo incásico, sino que nos ofrece, tal en un friso con tres símbolos, las figuras de Huayna-Capac y de Francisco Pizarro.

Poseído del entusiasmo que todo escritor tiene cuando se deja absorber por un tema, Carrión quiso hacer una tarea perdurable que, si lleva una arquitectura estilística muy airosa, tiene los cimientos consolidados en las crónicas clásicas de la conquista del Perú: Agustín de Zárate, el Inca Garcilaso, Fernández de Oviedo, Prescott, González Suárez y dos de los espíritus analíticos que mejor se han adentrado en la interpretación de nuestra América: José Carlos Mariátegui y Waldo Frank. Es así como el trabajo emprendido por este hombre de letras, aduce testimonios veracísimos y busca en el documento de plenaria fidelidad los motivos más seguros para dejar en albedrío a la imaginación

Un esquema de la cultura que fué el máximo esplendor de las tierras que sojuzgó Pizarro, explicando en grandes líneas lo que fué aquella organización social y económica, es el primer capí-



El Inca Atahuallpa,
último I ey del Perú

tulo de esta obra en que resplandecen páginas que son de un artista que se nutre en la viva erudición: "Cultura sin rueda, sin arado: el incario fué edificador de una prosperidad material incontestable: agricultura eficaz; red de caminos unificadores y civilizadores; arquitectura sólida, sin recargo ornamental, pero imponente, grande; artesanía maravillosa para tratar — en lo útil y en la paramental — el sílex, el oro, la plata, el barro, las plumas, la lana y la madera".

"Sería interesante intentar una relación comparada entre la cultura material del occidente europeo en los siglos XIV y XV y la tahuantinsuyana de ese mismo tiempo; dentro de la necesaria relatividad histórico-geográfica y dentro de la contemplación de los diferentes criterios ordenadores de la conducta humana que regían coetáneamente en las dos zonas del mundo: no creemos que nuestros aborígenes llevaran una parte muy desfavorable."

"No tuvo el incario altas manifestaciones del espíritu para el mensaje y la palabra: Israel sin Pentateuco ni Psalmos; India sin Mahabarata; Grecia sin Homero y sin Esquilo; Anáhuac sin Netzahualcóyotl... Pero el espíritu indígena se expresó — además de las artes de la piedra, el barro y los metales —en la estética de la conducta humana, trasunto de su ética vital. Etica no igualada hasta entonces en la historia del hombre, porque como ninguna, era parte de una superestructura jurídica construída sobre el basamento de justicia e igualdad social, relativamente más perfecto de los hasta entonces conocidos y practicados."

Toda la dramaticidad del incario en los momentos en que se fragmenta, ya en vísperas de la llegada de Pizarro, aparece tratada con diáfana sencillez en este libro que tiene el sabor de una novela vitalizada por raíces de realidad; y ese momento trágico, que equivalió al cumplimiento de un destino ineluctable, sólo adquiere un color específico, cuando entran en discordia don Diego de Almagro y aquel capitán que fuera, antes de servir entre la chusma del gobernador Darién, un porquerizo que se habría quedado sumido en lo anónimo si no lo arrastra la aventura hacia litorales del Sur. En esas páginas es donde, especialmente, la técnica de Carrión biógrafo se ostenta en su más fina calidad, y a pesar de que no olvida un solo momento que el tema central es el bastardo del "rostro grande, hermoso y feroz", no puede menos de ser avasallado por la prestancia del caudillo que encontró idénticas circunstancias favorables a las que hallara en el Anáhuac su primo don Hernán. Sólo que Carrión cuando alude a Pedrarias Dávila, "cicatero y rapaz". no llega a los extremos en que se sitúa Octavio Méndez Pereira en su libro "El tesoro del Dabaibe" (Panamá, 1934) cuando repite la afirmación de Blasco Ibáñez que, refiriéndose al descubridor del Pacífico, aseguró que Balboa era "superior a Cortés y a Pizarro".

Nos explicamos por qué no ha querido Carrión utilizar esta oportunidad para reconciliar a dos culturas que continúan en conflicto, pero que están llamadas a completarse, a solidarizarse tomando cada una los elementos que tienen perenne savia. Y cuando ha pasado el suplicio del Inca — y se oye la voz de una mujer indígena por todo comentario: "Anocheció en la mitad del día" — Carrión declara que el imperio de Tahuantin-suyu, — "Las Cuatro Partes del Mundo" — fué el realizador de "una cultura fuerte y sólida y de una organización política y social más sabia y más justa que la del Occidente de ayer y de hoy", quizá tocando el vértice de su entusiasmo en pro de la renovación de los valores que aquella cultura puede aportar al gran momento inminente de América, que ha sido vaticinado por ilustres profesores de energía como Mariátegui. Y concluye Carrión así: "Hoy es la hora de construcción en Indohispania. Todas las voces —que se expresan indeclinablemente en español— afirman su anhelo de vivir en justicia y en igualdad sociales. Desde el México eterno de Zapata, pasando por el Perú de Mariátegui, hasta el sur fecundo de afirmación y anhelos. Atahuallpa no dice en estas páginas su odio hacia Pizarro. Cuatro siglos ya. Atahuallpa y Pizarro esperan — y harán llegar — la hora de la tierra y de la justicia".

Hace dos años que el doctor Horacio Urteaga, del Instituto Histórico del Perú, publicó su libro "El fin de un imperio", demostrándonos una vez más que es un investigador de indómita disciplina y que se puede construir con materiales nuevos cuando la erudición sabe entregarse en rendimiento. En su libro, que tiene treinta y siete capítulos y varios apéndices, además de un índice lingüístico y una bibliografía escrupulosa, el doctor Urteaga nos ofrece otra de las versiones cabales sobre la caída del incario. Su relato procura más seguir el rastro de las crónicas y exornarse con testimonios de insospechada garantía, y tiene que ser gustado por los que han hecho pasión del estudio de América, por más que el autor no disimula su creencia de que la subyugación del indio por el español convirtió al primero en un espectro, dejando formas truncas como residuo de la cultura autóctona.

Un tercer libro puede mencionarse a propósito de los de los señores Carrión y Urteaga: "El Inka piadoso y justiciero", por don Francisco A. Loayza, quien después de ese vívido relato en que sobresale la figura de Yupanki, presenta una serie de cuentos reales y de leyendas extrañas. Loayza es autor de "Manko Kapak" y anuncia para pronto, entre otras publicaciones, sus estudios "Los chinos precursores de Colón", "¿Quiénes fueron los Inkas?" y "El Demonio de los Andes".



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Lectores de español

Por MIGUEL DE UNAMUNO

= De *Ahora*.—Madrid =

Acabo de experimentar — una vez más — la actuación de juez de oposiciones a cátedras — ahora, de lengua y literatura españolas — de Institutos. Uno de Madrid. Mi impresión, en general, halagüeña. Recordaba las cinco oposiciones a tres... — empleemos la fea palabra — "asignaturas" que hice en mis años moceriles hasta que... "saqué plaza"... Y otras en que actué también de juez. El nivel medio se ha elevado. Sobre todo en honradez intelectual. Sean cuales fueren las deficiencias de los opositores, no se empeñan en llenar el tiempo máximo de cada ejercicio ni lo llenan con frases hechas, lugares comunes y vagas generalidades. Conocen el cuestionario, y hay un mayor porcentaje que en mi tiempo de los que prueban haber leído más que libros de texto escolares. Y los hay que saben leer — en voz alta, ¡claro! — bien y con sentido, lo que tengo por prueba definitiva de buen entendimiento bien cultivado. Cabe decir que buen lector es buen entendedor y, por lo tanto, buen explicador.

Primero, que no repiten tanto como antaño, y sin más, de coro, los juicios ya hechos por los consabidos "autores" —"los autores dicen..."—, sino que los corrigen de propio juicio. Tiempo hubo en que nuestro gran don Marcelino, el santón de la crítica — y se lo dije a él mismo — hizo, sin quererlo ni saberlo, un cierto daño con sus obras ofreciendo a los pobres opositores de cátedras un remedia-vagos que les ahorraba el rato directo y continuo con los otros autores, con los verdaderos autores, con los creadores de lengua y de literatura, y no con los críticos y expositores. ¿Y qué se diría de la crítica de críticas? ¿Quién se atrevía a opinar contra el fallo de don Marcelino? Su pluma, "cetro intelectual de España", dijo el muy barroco Vázquez Mella. Tomábanse los juicios de Menéndez y Pelayo ya hechos, como pavos a quienes se les empapiza con nueces, con sus cáscaras y todo. Apenas si a muchos se les ocurría leer lo que leyó don Marcelino, y aun más — pues dejó sin leer o más que echar vistazos bastante más de lo que supone una absurda leyenda de papanatas—, y leerlo como él lo leía. ¡Qué formidable lector era el gran maestro! Lector en voz alta quiero decir. Y mejor declamador. ¡Qué manera de declamar la suya!

Esto de saber leer es acaso lo fundamental en la enseñanza de lengua y literatura. Leer debe ser decir y no recitar o rezar. Ni—no siendo en su caso —declamar. Leer lengua hablada, lengua dicha, mas no redicha. Para aprender a decir hay que saber oír, como para aprender a escribir hay que saber leer. Hay quien escribe en voz alta, y quien, susurrando o mormojando. Otro día diré —en comentario a lo de Larra de si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee— que no se lee porque no se ha enseñado a leer. De lo que, entre otras cosas, esos doctores de escopeta y perro, analfabetos por desuso, que aun quedan por tierras

de España. Y es el más funesto analfabetismo.

En uno de los cursos de don Marcelino a que asistí nos leyó (o declamó más bien) en clase— pues ello lo pedía —el prólogo de la "Historia del levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV", de Melo, y su discurso de Pau Claris, y fué tal el efecto que aquella lectura —lectura es lección —nos produjo a los oyentes que salimos a leer o releer a Melo y a comprar algunos —en librería de lance acaso— su maravilloso libro declamatorio. Y entonces comprendí algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido, entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé clara cuenta de todo su contenido artístico. Hay quienes no se enteran de algo que han leído— y acaso varias veces o, a lo mejor, se lo saben de memoria pasiva —hasta que se lo han oído leer a lector re-creador. Tal era don Marcelino. Lector, leyente —"lente" se le dice en Portugal— se le llamaba un tiempo al que llamamos hoy catedrático (de cátedra, que es cadera o asiento). Asiento de profesor oficial.

Siendo lectores, el que esto escribe o dice presidente del Consejo Nacional de Cultura al tratarse de formar expediente a un catedrático ya difunto, uno de los cargos que se le hacían era el de que un profesor universitario —¡ahí es nada!— se limitaba casi a leer desde su asiento un libro. "Si el libro es bueno y lo lee bien, hace más y mejor que la mayoría de los catedráticos (asentados) de conferencia", hube de decir... Pedantería suponer que un asentado universitario es más que un dómine de párvulos y pedantería suponer que haya nada más fundamental que lo elemental. Maestro de escuela que leyendo sepa hacer llorar, y reír, y sentir, e imaginar, y pensar a párvulos es maestro de enseñanza maestra, de obra maestra y prima.

¡Leer! No recitar con uno u otro sonsonete. Como el de esos abominables recitadores y recitadoras. A los que se les da a leer en voz alta algo que no se sepan de memoria y es un desastre.

¡Lectores de español! ¡Qué falta nos hacen en las escuelas de todos los grados! Lectores que enseñen a leer español a los niños y a los grandes de España; lectores que hagan sentir el milagro permanente de nuestra lengua madre —madre e hija nuestra—, que les enseñen a re-crearse en ella para poder re-crearla. O conservarla, ya que, como decían los teólogos escolásticos, la conservación es una creación continua, una re-creación. Y lectores de español para fuera de España. Algunos andan por el extranjero sin la debida protección de nuestro Gobierno —los que lo merezcan—, y en esto me he de ocupar otro día. Lectores que están contribuyendo a mejoría de nuestra estimación entre otros pueblos.

Levanta el ánimo notar que se vayan preparando lectores de español, que lo lean para enseñar a leerlo. Cuando el cogollo de nuestro patrimonio espiritual: la lengua, con todo lo que ella consigo lleva, esté en tales ánimos piadosos, de verdadera piedad patriótica, España, nuestra España, se conservará, seguirá creándose, pues se oirá la voz íntima de las entrañas de su habla.

Estampas

Leemos el libro del puertorriqueño Antonio S. Pedreira: "Insularismo"...

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y marzo del 35 =

Son innumerables las noticias que trae dariamente la radio al que se habitúa a buscarlas como forma de enterarse de lo que pasa en el mundo. Hay algunas importantes, como esta de que el Gobernador de Puerto Rico, señor Blanton Winship, acaba de pedir en su informe anual a los Estados Unidos que se restablezca la pena de muerte en sus dominios insulares. El interlocutor afirma que esa petición ocupa lugar primordial en el informe del Gobernador. Las razones no las da la breve noticia radiodifundida. Posiblemente sean muchos los delitos cometidos por los puertorriqueños y no encuentra manera de contener la delincuencia si no es con la amenaza de la llamada pena capital. Puerto Rico es posesión yanqui y el trato que recibe tiene que ser adecuado a la subordinación. Ignoramos cuánto hace que la pena de muerte fué derogada en esa nación. Posiblemente ha ocurrido en uno de los treinta y siete años que lleva el imperialismo de dominio. Seguramente al derogarla las milicias pregonaron con disparos y bandas el acontecimiento y el Gobernador de entonces habló del grado de civilización y de cultura alcanzado por el pueblo puertorriqueño. Es posible que al pedir hoy el restablecimiento hable el Gobernador Winship del salto atrás dado por ese mismo pueblo. La recomendación debe ser justificada.

Al observador distante de la vida puertorriqueña hace pensar que después de treinta y siete años de dominación yanqui en que se ha agotado hasta el grado superlativo el elogio de la política colonizadora del imperialismo, tenga el Gobernador yanqui de Puerto Rico que pedir la pena de muerte como punición urgente El orgullo del Departamento de Estado es pregonar los bienes de su civilización y su cultura en los países dominados por sus milicias. No es de ayer su influencia en Puerto Rico. Viene de lejos y la pena de muerte sólo tiene justificación en pueblo reacio a las normas adelantadas de vida. No contentarse con los progresos traídos por el conquistador severo revela naturaleza bárbara. Muchos son los progresos que Puerto Rico debe al coloniaje yanqui. Leemos el libro que el puertorriqueño Antonio S. Pedreira acaba de editar con el nombre de "Insularismo", y el tamaño de los beneficios de la dominación lo afirma así: "Todo puertorriqueño que no tenga sus facultades empañadas por antagonismo e idolatrías tiene que reconocer el maravilloso progreso alcanzado en los últimos treinta años. La industria, el comercio, la agricultura, la riqueza pública se han expandido brutalmente y hemos aprendido la técnica de los negocios y el secreto de la economía. Nadie podrá negar que la nueva civilización transformó halagadoramente nuestra existencia y que podemos actuar con mayor libertad y mayores garantías que en otras épocas. El cambio ha sido sorprendente, y proverbial el progreso. Tenemos más escuelas, más instituciones públicas, más sanidad, más profesiones, más carreteras que antes." Ese progreso es cosa patente. El coloniaje español entregó al yanqui un pueblo borroso. El yanqui le ha dado perfil, lo ha situado en un escenario ostentoso. Y el pueblo sigue atado a la misma tara de barbarie que ha pretendido extirparle el imperialismo yanqui.

La cita de Pedreira así escueta podrá tomarla el yanquizado como elogio puro de la obra de colonización imperialista. Pero no es así. El hace recuento de lo hecho en su nación por la fuerza

que la avasalla, no para elevarle un canto imperialista y servil, sino para negar luego el valor de esa obra. Es bueno dar su juicio fiel: "Frecuentemente suele medirse nuestra cultura de hoy por el avance económico, el estado sanitario, las vías de transportación, el volumen de las importaciones y las exportaciones, etc., etc., como si el progreso de la técnica y el maquinismo norteamericano fuese un termómetro a propósito para medir las temperaturas de un pueblo formado en otro clima moral." Son claras las palabras del escritor puertorriqueño.

Abundan los infelices que en estos países razonan comparativamente. Han oído decir que el yanqui civiliza, que el yanqui da cultura y pueblo que recibe la influencia yanqui imperialista es pueblo ascendido al disfrute perpetuo de los mayores bienes. La existencia colectiva se transforma recibiendo los beneficios que ha recibido Puerto Rico en treinta años de dominación. Y por esa existencia transformadora suspira el desgraciado que no razona sino como colono. En este aspecto trágico, Puerto Rico es el más grande ejemplo de dolor que pueda presentarse a estos pueblos en vísperas de volverse posesiones del imperialismo. Pero todavía Pedreira puede citarse en un pasaje vivo y grande: "Todo esto a pesar de lo que se callan los comparatistas: si es verdad que tenemos más escuelas y más centrales y más oficios y más de todo, no es menos verdad que también hemos aumentado fabulosamente el número de quiebras, de suicidios, de locos, de criminales, de tuberculosos, de fraudes, de peones y en general de infelices. El aumento de la población no justifica proporcionalmente el auge que ha adquirido nuestra desgracia colectiva." El aparato con que el imperialismo ha traído civilización y cultura a Puerto Rico es ostentoso y estruendoso. Lo que tienen los yanquis en su propio suelo tienen los puertorriqueños en el suyo. Aquí se copia, se trasplanta la escuela, la carretera, la fábrica, la agricultura, el comercio. Puerto Rico no tiene nada que envidiar a los Estados Unidos ni en sanidad, ni en pedagogía, ni en cuestiones bancarias, ni en la multitud de cosas que han convertido al yanqui en pueblo opulento. El orgullo vanidoso de la colonización ha sido volver al revés, transformar totalmente a Puerto Rico. Pero "el clima moral" no ha podido variarlo. Ha plantado una civilización y una cultura enteramente en el aire.

Esto explica, a nuestro juicio, la petición del Gobernador Winship. Encuentra al cabo de treinta y siete años de dominación yanqui una rebeldía que no tiene otro freno que la pena de muerte. Desentona el puertorriqueño en el paisaje ostentoso preparado por el yanqui. Y como desentona es urgente exterminarlo. La criminalidad ha aterrado de seguro al Gobernador. Y como el coloniaje vive nada más que de la imposición, no ahonda en busca de las causas de ese estado espiritual del puertorriqueño. Allí tiene el Gobernador Winship el libro de Pedreira que le da el camino claro para explicar la dejadez con que el puertorriqueño se mueve en medio de la opulenta y ostentosa civilización traída a la isla por la ocupación yanqui. El "clima moral" es uno e invariable. El imperialismo sólo mira la imposición y juzga que levantando edificios y construyendo carreteras ya tiene hecha obra permanente de arraigo. Todos los programas de adelanto desarrollados por el imperialismo yanqui en las naciones dominadas por medio de sus milicias, halagan un rato al nativo entontecido. Pero es sólo un rato. Al cabo de los años el yanqui encuentra sólo hostilidad y se pregunta cómo es que sus edificaciones y sus enseñanzas no han logrado transformar el alma bárbara del pueblo dominado por él. Y cuando las estadísticas a que es tan aficionado le revelan como contraste a sus numerosas escuelas y fábricas, a sus largas carreteras y pacientes saneamientos, un aumento terrible de quebrados, de suicidas, de locos, de criminales, de tuberculosos, de fraudes, de peones, incomprensivo y soberbio pide que se vuelva a la pena de muerte.

Puerto Rico es el ejemplo conmovedor para todos estos pueblos amenazados por el imperialismo yanqui. Allí se ha ensayado lo que a cada uno se impondrá conforme el imperialismo vaya haciendo presas. Cada avance en firme de organizaciones imperialistas como la United Fruit Co., la Pan-American Airways, Inc., la Electric Bond and Share Co., etc., es el acercamiento a la posesión. Los entontecidos y los pícaros que viven de lamerle la planta al yanqui que les da prebendas pregonan que la salvación de estos pueblos está en la influencia que sobre ellos llegue a ejercer el yanqui imperialista. Hablan, como decíamos, del progreso impuesto por el yanqui en cada nación hecha colonia por la imposición de las milicias. Y esos progresos son los que pinta Pedreira admirablemente en su libro sobre Puerto Rico. Allí están las redes de caminos, las escuelas, las centrales, las importaciones y exportaciones, las industrias colosales. Es obra del yanqui colonizador todo ese innumerable conjunto material. El infeliz y el malvado que sueñan con iguales beneficios para el país que habitan hacen el recuento de tanta empresa civilizadora y piden un cambio de nuestra existencia. Es decir, piden que nos entreguemos al tutelaje del yanqui que con sus normas ostentosas de colonización aporta la carretera, y el ferrocarril, y el banco que hacen cambiar favorablemente para una colectividad entera la existencia.

Allí está Puerto Rico para maldecir al imbécil y al malvado de estos pueblos. Nada ha cambiado aquel pueblo a pesar de la civilización y la cultura que con empeño tenaz ha querido importar el yanqui. La desgracia es siempre colectiva y se ha empeorado. Mantira que da nada permanente y transformador el yanqui que coloniza para acatar la política imperialista. No tiene por qué dar nada a pueblo que avasalla o a pueblo que se entrega por vileza, por miseria y desvergüenza. A Puerto Rico ha querido darle, porque a Puerto Rico lo recibió como compensación del coloniaje español y en hacerlo grande y visible al ojo que transforma en elogios cuanto topa con refulgencias en su trayectoria empobrecida, está su vanidad de conquistador imperialista. Pero si estos pueblos no los recibe como trofeo sino que se echan a sus pies por la vileza de sus hijos viles, lo que hará de ellos será establos. ¡Y lo que espera a pueblos que se entregaron en esa forma animal! Puerto Rico pasó como cautiva y guardan sus hijos la dignidad que el yanqui no ha podido matar. Nosotros, si caemos por el pregón que hacen los ciegos y los malvados, no tendremos entonces la dignidad que ha salvado al puertorriqueño. Sepamos esta verdad.

CUENTOS DE BARRO

Balsamera

Por SALARRUÉ

= Envío del autor. San Salvador, febrero de 1935 =

A Adolfo Ortega Díaz



Madera de *Max Jiménez*

Profunda balsamera olorosa... Ríspida pendiente en cuyo lejanísimo fondo el mar azul descansaba dormido, descansaba de tanto rodar, en ensenada tristona, mientras las espumas se entretenían en infantiles juegos de persecución sobre la arena. ¡Profunda balsamera; aire cargado de místico aroma; pecho feliz y embriaguez de dicha!

Iba el oriente abriendo sus gavetas de colmena. Las estrellas en argentado enjambre invadían la noche. El Silencio con manos enguantadas ponía a trasluz los panales de oro donde la miel escurría manchando ya ligeramente la tabla lisa del mar.

Pero una sombra espesa colgaba aún de lo alto del bosque, en raídas cortinas de follaje, recogidas a capricho por lianas gruesas y bejucos serpentinos que hacían de aquella pendiente selvática un inmenso occipucio de Medusa.

Allí, como procesión de largos fantasmas andrajosos y catalépticos, aparecían, apenas meciendo sus calaveras en la onda de la brisa madruguera, los balsameros altísimos, de hojarasca retazada a tijera; de torsos vendados con **chirajos** de trapo; únicos árboles en el mundo, que se visten como los hombres.

Crucifijos sin brazos eran, todos cristos heridos en el santo costado donde los grumos de su sangre son recogidos para sanar otras heridas; todos ellos buenos-ladrones robadores de las virtudes del suelo cuscatleco. Sobre sus cruces se agitan ya la vagarosas alas de los ángeles tropicales de clariviolo plumaje.

El **talapo** ha visto azularse las hojas cimerales y sabe que el día está apuntando. Su quejumbre es una tecla marimbera de dulce oquedad. Pronto la luz solar encenderá en llamas el bosque y miriadas de pájaros romperán a cantar.

Por de pronto la montaña es un templo cerrado donde las columnas y capiteles, artesonados y cortinajes, están levemente esclarecidos por un vago rubor de vitrales, de chapas azules y verdes, vitrales altísimos que despiertan y se desperezan en un presentimiento de amanecer que está mitad en el sueño, mitad en vigilia.

Al medio de un paredón de piedras grises, recubiertas de musgo, como herida sangrante al flanco de una leona, brota una fuente en goterío cerrado. Cerca de la fuente hay un túmulo de mezcla con una cruz de madera en cuyo abrazo defensor del silencio tumbal, se lee un nombre en toscos caracteres cursivos: **"Higinio Naba. 2 de Noviembre de 1931."**

Higinio Naba: un indio muerto; es más seguramente: un indio matado. Apoyados en el cañón de la escopeta **los cazadores desvelados y fallidos en su** ingrata tarea de aguardar el venado grande que frecuenta el bebedero, para quitarle de una vez por todas la sed intermitente que deleitaba sus belfos, miran con atención desinteresada la crucesita verde y descifran el nombre ya borroso.

—¿Quién será?

—Higinio Naba era el viejito que jué dueño desta balsamera. Dicen quera brujo; otros dicen quera santo. Le obedecían toditos los indios diaquí como al jefe y le decían Hoisil.

—¿Y por qué?

—¡Asaber! Dice nana Genaya, la tejendera, qués de su tiempo, asigún colijo, que **hoisil** se llama el bálsamo.

—Es curioso. ¿Y de qué murió?

—Lo machetió una ronda, no se sabe por qué falta. Dijeron quiandaba hecho venado. Que lo baliaron bebiendo ai en el pozo y que cuando se fuía luacorralaron contra la paré y lo cuartiaron a filazos; cuando espiró sizo cristiano. Yo creyo que tenía enemigos en lautoridá y que lo mandaron venadiar por miedo a su mando.

La **masacuata** del viento empezó a desenroscarse despertada. Como ratas de piñal huyeron despavoridas las sombras, encuevándose al **desperdigo**. Sobre el bosque esponjado y húmedo de relente el cielo era un **petatío** menudo en rosa y azul. Un rayo de sol cayó luego en el claro, por entre frondas y troncos, con la majestad de un árbol de oro abatido por el hacha del día. Igual que astillas preciosas saltaron a uno y otro lado, lirios y campánulas y como ignia polvareda cundieron a trasluz las mariposas y los insectos.

Hoisil estaba sentado en una piedra al lado de su cruz. **La crencha lacia y gri**sosa le **caiba** en cepillo sobre la frente terrosa, surcada **ricién** por la bondad para la siembra de la resignación. Sonreía con amarillos dientes de mazorca, con alimenticia sonrisa de padre. Nana Genaya se detuvo estremecida, **horconió** su cobardía con temeraria premura; dejó **quer** el **jaz** de leña seca y ya cien enraizada, mitad por el valor, mitad por el terror, se santigüó **en lengua**.

—¡Alabado seya Dios! —dijo a manera de saludo el anciano.

—¿Lu vivís?—preguntó asombrada la mujer.

—Lu vivo; ya luestás mirando, Genaya, pero así mesmo soy lalma de yo. Aquí en la tierra mián sembrado; raicitas nomás, mialma, yo soy la jlor horita. ¿Me lu entendiste? La jlor no muere qüé, que si la cortaste entuavía queda el zumo volando por los caminos.

Se sonrió borrosamente y se paró como si fuera a caerse de bruces. Un súbito pavor corrió por la médula de la vieja, pero la sombra misteriosa no dió un paso, sino, como apoyada en un invisible bordón, la miraba, la miraba y sonreía.

—¿Por qué te mataron qüé?

—Porque sustancié la ley de mi señor. Me premiaron a mí, no me mataron, premio ha sido, mialmita, quel Señor me mandó por mi servicio.

—¿Qué servicio, Hoisil?

—El de su pan y de su vino, el de su carne y de su sangre.

—¿Cuál sangre, hermano, cuál pan lu querés dicir?

—De la raza de nosotros, hija, el hoisil qués la sangre; la carne del venado, nuestru pan de nuestru cuerpo. Yuera el jefe deyos, el jefe sicreto, qüé, el mago. Eyos me contrariaron, eyos vinieron a que les diera suelta para su levantamiento de venganza, porque andaban perdidos de pacencia y resinación por el maltrato. Yo miopuse de jondo porque sé la ley de mi raza del Cuscatlán que se me encomendó, y la ley está escrita: "Que los cuscatlanes anden la resinación del venado indefenso y den su sangre como el hoisil de sus montañas". Los endemoniados micieron traición. Me tantiaron aquí cuando vine a beber. Yo lu sabía y aceuté mi sino. Vine a beber en el cuerpo del nagual para que sirva de enteligencia. Eyos me mataron a balazos y diay me machetiaron el tronco como al bálsamo; para enteligencia sirva de la raza qués de sacrificio por su bien de más allá.

Dichas estas misteriosas palabras, el alma de Higinio Naba se volvió un poco de lado y se desvaneció entre las primeras sombras de la noche.

Nana Genaya estuvo allí clavada un largo rato. Luego alzó con sus temblorosas manos — tejenderas de **perrajes** — el **jaz** de leña y se fué despacio

por la vereda. La luna nueva empezaba a platear las hojas y los troncos de los balsameros tristes, misteriosos, agrupados, cubiertos de llagas aromáticas, andrajosos, únicos árboles del mundo que se visten como los hombres. La balsamera era extensa y se perdía en la hondonada...

La crisis del Espíritu en Costa Rica y la Escuela de Derecho

Por MARCEL BONHOMME

= *Envío del autor*.—Hacienda San Alberto, febrero 15, 1955 =

Ante la expectación y el asombro de las clases cultas de América, ha comenzado a agitarse en Costa Rica, un problema gravísimo y de alcances trascendentales para el futuro de la nación: el descabellado proyecto de limitar las oportunidades de cultura jurídica en la Escuela de Derecho, suprimiendo el primer año, con el bochornoso objeto de no aumentar la actual plétora de "abogados ineptos y fracasados", elevar el "standard" de la profesión y disminuir la competencia mutua,—según declaración de algunos.

"A confesión de parte, relevación de pruebas". Aunque la América Hispana lo ignoraba, aceptamos como buenas las premisas sentadas por los propios profesionales del Derecho, sobre el status actual de la profesión en el país, y asumamos con ellos:

a.—que hay exceso de abogados practicando su profesión en el país.
b.—que la ineptitud prevalece en su cofradía, dando por resultado,
c.—que el fracasado va siendo el tipo más corriente de abogado "tico", y,
d.—que es, por lo tanto, de urgencia adoptar medidas pertinentes hacia hacia la dignificación, mejoramiento y elevación de su profesión.

Hasta aquí todo va bien. Pero ¿cómo explicarnos que en pleno siglo XX un grupo o uno solo de los elementos del Foro de una nación que se reputa civilizada, como Costa Rica, proponga, con todo desenfado, que se establezca limitaciones a las pocas oportunidades de cultura superior universitaria que nos es dable brindar a nuestras juventudes...? La idea sola de cerrar la puerta de la Escuela de Derecho a aquellos que ansían prepararse en esa profesión con el ideal de poder llegar a **servir mejor** a la Patria o a la Humanidad, es digna de una época de oscurantismo medioeval y de ignorancia crasa, que creíamos ya pretérita e incompatible con el desarrollo de la técnica moderna en las profesiones liberales.

La mera enunciación del plan de posible supresión de un curso universitario **con miras egoístas**, en un país verdaderamente culto, reduciría a polvo el poco prestigio de que aun gozara el atrevido profanador del "Santa Sanctorum" de la Jurisprudencia, en cuya fuente inagotable de saber, habrán de beber sin impedimento alguno —fuera del que se deriva de la incapacidad propia,— las juventudes de las generaciones presentes y futuras. George Peabody, el recordado inglés que donó todos sus millones a instituciones de educación superior, repetía:

> "La Educación es la Deuda Sagrada de la presente a las futuras generaciones."

¿Qué dirían de tan vergonzosa y espectacular proposición de naturaleza retrógada, como la que comentamos, un Horacio Mann, un Sarmiento, un Altamirano, un Vasconcelos o un Nieto Caballero, para no mencionar más educadores? ¿En qué categoría de vertebrados nos colocarían, si pudieran informarse de este plan, hombres del tipo de Clemenceau, Laval, Hughes, Lloyd George, Marañón, Drago o Madariaga?

La actual aspiración universal, en sus tonos más vigorosos, podríamos condensarla en un anhelo de "paz y armonía", en cuanto a las relaciones de convivencia internacional; y en un "eterno deseo de superación individual", en cuanto a la cultura superior del espíritu y de la inteligencia, ansia que permea las mentes y los corazones de los jóvenes que han nacido al calor de un ideal liberal, de libertad e igualdad de oportunidades para todos, en lo que a Educación atañe.

La diferencia entre la civilización y la cultura de una nación, corresponde en el individuo, a esa transición que va de un ideal de mera posesión de bienes materiales, característico del moderno aprovechamiento de la materia y de las fuerzas de la naturaleza, a un ideal de evolución superior de las fuerzas del corazón, de la mente y del espíritu, que lo capaciten, en el libre ejercicio de las profesiones, de las artes o de las ciencias, para colaborar en la gran obra del progreso humano con una aspiración de Apóstol, al servicio de las causas nobles y elevadas.

Que hay **cosecha abudante** de individuos con título que los licencia para el manoseo de las leyes, para convertir la profesión de un apostolado, que lo es, en un negocio ruín de especulación con la ignorancia y la ingenuidad de la plebe, no parece caber duda, a juzgar por la denuncia de los mismos colegas. "Vox populi, vox Dei".

¿Qué la ineptitud prevalece entre los cofrades, haciendo que la Jurisprudencia descienda de su altura para cobijarse con la piel de lobo de la amoralidad inescrupulosa y desvergonzada, como un "camouflage" de la desintegración de la profesión? ¿Que el fracasado se impone en el medio como tipo corriente de abogado? Es indudable que si "el Derecho es el arte de lo bueno y de lo justo", una reacción vigorosa en contra de tal estado de descomposición profesional declarada, se impone. La pretendida y cándida medida de querer cerrar las puertas a los jóvenes estudiantes, es de tan pueril ingenuidad como de devastador alcance. Aun más, tendría el mismo efecto que pretender elevar el nivel artístico de un pueblo, impidiendo el cultivo de la pintura, la música y las bellas artes en general. "El frío no está en la cobija".

Sabemos de sobra con Boileau que "la critique est aisée et l'art est difficile", y aunque pretendamos censurar aspectos que seríamos capaces acaso de mejorar bien poco, sentimos la "llamada de adentro" que nos induce a terciar oficiosamente en este ridículo parto de los montes, sublime proyecto, que se nos ocurre, es muy digno hijo de progenitores que declaran pertenecer al grupo social en que impera la ineptitud y el fracaso. Hecho el diagnóstico, otros habrán de recetar...?

Y aquí viene nuestro cuarto a espadas. Nos dice Paracelso que **Aquel que puede curar enfermedades, es médico.** Ni los emperadores, ni los papas, ni los colegios, ni las escuelas superiores pueden crear médicos. Pueden conferir privilegios y hacer que una persona que

no es médico aparezca como si lo fuera; pueden darle permiso para matar, mas no pueden darle el poder de sanar, no pueden hacerlo médico verdadero si él no lo es en sí" "El verdadero médico no se jacta de su habilidad, ni alaba sus medicinas, ni procura monopolizar el derecho de explotar al enfermo, pues sabe que **la obra ha de alabar al maestro y no el maestro a la obra." "El que no ha nacido para médico, nunca tendrá éxito."**

"El médico debe ser leal y caritativo. El que se ama a sí mismo y a su bolsillo, hará muy poco bien a los enfermos."

"El conocer las experiencias obtenidas por los demás",— y esto es lo que se puede conseguir en la Universidad— "es útil para un médico, pero todo el saber de los libros no puede hacer médico a un hombre a menos que él lo sea por naturaleza".

"Mutato nomine", se nos ocurre que aquel que tiene el poder de servir a la humanidad en la promulgación, estudio, defensa o aplicación de las verdades y principios eternos del Derecho, será abogado, jurista o jurisconsulto. No importa el nombre. El hábito no hace al monje. No cabe duda que la Universidad no puede crear jurisconsultos como no crea filósofos o poetas una academia o un colegio. Al que es jurisconsulto, filósofo o poeta, en sí, la Universidad le da la oportunidad de ponerse en contacto con la experiencia de los siglos en su respectiva línea de investigación o arte, y le permite dar así al mundo la nota tónica de su genio, de su arte o de su personalidad.

A aquel que no trae en sí la armonía, la belleza y la nobleza de carácter fundamentales para interpretar la vida en su aspecto jurídico, y el poder de sanar las enfermedades del cuerpo social, la Universidad sólo puede conferirle el privilegio de un diploma, que acredita el hecho de haber terminado un cierto curso de estudios, y hacer que aparezca abogado como si lo fuera. Puede darle "patente de corso" como socarronamente decía un togado de nuestra cofradía, pero no puede hacerlo abogado, si no lo es en sí. Y esto, desgraciadamente, no lo quieren comprender algunos de nuestros seudojurisconsultos, tal vez de los que creen que el apelativo de "doctor" les sienta mejor que "Licenciado", como el niño que pedía a su padre que le cambiara el nombre a la cuchilla, por el de hacha, para que cortara "más y mejor".

El verdadero abogado es humilde como los sabios; grande de corazón; vive una vida de perfecta devoción al servicio altruista de sus semejantes; no se jacta de su habilidad; rehuye la pompa, la publicidad y las vanidades fatuas encarnadas en la mediocridad circundante; sirve con amor y devoción; brinda su talento y su corazón a la causa de la Justicia, como un Apóstol; no alaba, ni se enfatúa de sus éxitos que son el resultado del ejercicio de su profesión como un sacerdocio; no trata de monopolizar **la explotación de su cliente y** sabe de sobra que su obra ha de ser perdurable y alabará al maestro cuando el ya ha dejado su labor terrenal por otra superior.

El que no ha nacido para abogado, nunca tendrá éxito. Puede conocer las experiencias de los demás, obtenidas en el claustro universitario con utilidad en sus labores, pero todo el saber de los libros y de sus profesores no hará de él "un jurisconsulto", a menos que ya él lo sea en su mente y en su corazón. A los doce años, Jesús discutía, —y sin título universitario—, con los doctores de la Ley en el Templo de la sabiduría.

El caso de Costa Rica no es único. Si oteamos el horizonte legal de nuestra América y de Europa, encontraremos, sin lugar a duda, procesos semejantes de fracasos profesionales, habida cuenta de las variaciones de medio y de cultura propias de cada pueblo. Lo que consideramos inaudito y escandaloso, es la medicina con que se pretende curar el mal, suspendiendo cursos de Derecho en nuestra universidad. Sospechamos que a ningún hombre o mujer cultos de América o España se ocurriría tal medida, e invitamos a los pensadores y abogados de habla española a ratificar nuestra tesis y probarnos el error,—ya que no comprendemos cómo los periodistas de fuste de Costa Rica, editorialmente, y como un solo hombre, no han salido a la defensa de los fueros de una cultura superior amenazada.

"Un conocimiento del Derecho debería ser la posesión de la mayoría y no privilegio exclusivo de unos pocos", pues, "la ignorancia de los principios fundamentales de la Ley no se concibe hoy día en ningún hombre culto". "Un entrenamiento legal es esencial a todo hombre que espera servir con éxito en los negocios, las profesiones, la agricultura, el comercio, la industria o la banca." Tal la expresión de William Howard Taft.

Y es este aspecto de cultura legal superior aplicable al servicio de la comunidad, a través del canal ya del comercio, de la industria, la agricultura, la banca, de la administración pública, del poder judicial o en organizaciones privadas, el que parece desconocerse por entero entre aquellos que pretenden cegar la fuente del Derecho a los jóvenes de Costa Rica. En todas partes hoy día, el entrenamiento legal de los jóvenes es utilizado por las empresas manufactureras, actividades financieras, comerciales, grupos mineros, corporaciones de transportes aéreos, marítimos o terrestres, negocios agrícolas, promoción de empresas, compañías de seguros y mil más.

Y los cursos de Derecho no tienen por única finalidad la preparación de alumnos — sobresalientes, medianos y mediocres — para el "expedienteo" o el "pleito de comadres", sino que por el contrario, educando al joven en las posibilidades de cien actividades diferentes inspiradas en un espíritu de servicio social, y, en las cuales el Derecho es indispensable, los capacita para servir mejor a la patria y a la cultura universal. En esta forma, unos se dedican a la práctica de la profesión, **especializándose siempre**, y en ella, tienen suceso efectivo los que son jurisconsultos de verdad, cinco o diez de cada ciento de graduados de los que "nacieron para abogados, porque lo son por naturaleza". De los 95 restantes, como en otras profesiones, la estadística nos dice que unos pocos obtienen un mediano éxito y subsisten a flote, otros, ninguno, — no tienen "pasta de abogados" aunque posean los conocimientos que les dió la universidad, preparación que los puede hacer utilísimos — y aun darles un éxito — en muchas otras actividades.

Otros muchos graduados en las facultades de Derecho, ya especializándose en las múltiples líneas de actividad a que los lleva su inclinación particular, entran de lleno en la práctica del profesorado, de la banca, del comercio o de la judicatura. Y de esa diversidad de posibilidades que se ofrece a las adaptaciones del talento, del carácter o del genio de los alumnos, nace la posibilidad, de eliminar parcialmente la ineptitud y el fracaso que se observa en Costa Rica — donde todo abogado ha de "pleitear", o "politiquear"—y de estimular la moralidad e integridad de carácter, perdidas tan a menudo en esa lucha desigual por el pan de cada día, en que se ve envuelto el profesional que se enorgullece y ufana de su calidad de tal y de su diploma, sin que ellos le permitan subvenir con decoro sus necesidades.

Este problema es trascendental a la vida futura de la Nación. Deberíamos contemplar la posibilidad de organizar la Educación superior en forma adecuada a un orden social en proceso de evolución rápida, precipitada por la crisis económico-social. Basarse en una comprensión de los hechos y de los cambios que hoy ocurren, y especialmente en la investigación de las causas que producen estos cambios, — las fuerzas que operan. Y con clara conciencia de la "crisis del espíritu" si es que ella existe, según los signos externos del problema que comentamos, planear la evolución de las instituciones universitarias no al molde europeo o norteamericano, sino al molde "tico" más en concordancia con los ideales que condensen el sentir nacional superior.

¿Sería mucho pedir a los Presidentes de las Facultades de Derecho de las Universidades de México, Buenos Aires, Bogotá, Lima, Santiago y la Habana, su valioso criterio al respecto...?

Vidas no paralelas

Por E. DIEZ-CANEDO

= De *El Sol*.—Madrid =

Un nuevo Plutarco apenas podría destacar las figuras de dos poetas muertos a distancia de pocas semanas, para encontrar en ellas paralelismos curiosos. Las semejanzas serían muy pocas, o habían de parecer como traídas a la fuerza; pero esto ocurre también en las viejas vidas del griego. Más que los rasgos peculiares de una y otra figura, harto divergentes entre sí, las enlazaría cierta determinación del destino, que llevó a dos hombres, nacidos en distintos hemisferios, a morir casi en los mismos días, lejos el uno del otro, pero lejos también cada cual de su patria, y que puso a entrambos, no en los mismos días, en contacto con el viejo solar, adonde llegaron, el uno del Perú y el otro de Méjico, traídos por las vicisitudes de una existencia sometida a voltarios influjos. Más que a coincidir en la vida, los ha traído a proximidad en la muerte, como a aquellos personajes de "El puente de San Luis Rey", procedentes de distintos lugares, obedientes a contrarios menesteres, y todos a punto en el paraje destinado a verlos morir, en la hora exacta. Para nosotros desaparecen casi en golpe simultáneo Luis G. Urbina, muerto de lenta enfermedad en su casa de Madrid, y José Santos Chocano, asesinado en Santiago de Chile.

Han sobrevivido diez y ocho años a Rubén Darío, con quien se comparó al segundo, y que igualaba al primero en edad. Leyendo a los tres, se invierten los datos. Ellos parecen anteriores. En su mensaje no va el poderío de anticipación que resplandece en el poeta de "Prosas profanas". Vienen de otras épocas, que continúan con toda fe. Urbina, del círculo romántico, o, mejor, postromántico, cuyos polos en Méjico, llenos de eterna atracción para él, son Manuel Gutiérrez Nájera y Manuel José Othón. Chocano busca la elocuencia del período, la rotundidad de la frase. Está en la tradicional tendencia hispana que culmina en la poesía oratoria de Núñez de Arce (en cuanto a versificación, no en cuanto a los temas). Toda su poesía primera —coleccionada en un tomo español de edición popular, llamado inexactamente "Poesías completas"— no es más que eso. Sus mismos cuadros indígenas son "pezzi di bravura", sonoras tiradas parnasianas. Después, en la etapa de su poesía que afecta postura vernácula y se abre, en España también con "Alma América", se establece un compromiso entre su inspiración y su versificación: aquella no cambia, al emplearse en nuevos asuntos; ésta se impregna de la música de dos grandes americanos: el propio Darío, convirtiendo su sinuosa armonía, su delicadísimo tecleo, en decisión y marcial redoble, y el José Asunción Silva del "Nocturno", cuya métrica fragmentada le sirve, no para una vaga evocación de fantasmas ardientes, como el modelo, sino para una melopea simétricamente cortada por la repetición lírica de un estribillo. Y acaso sería más justo aproximarle a los dos Salvadores: a Rueda,



Luis G. Urbina,
en el café de la plaza de Santa Ana, de Madrid.
Dibujo de *García Cabral*

el andaluz, y a Díaz Mirón, el americano, en su primera fase.

En esto es del todo contrario a Urbina. En el mejicano se halla delicadeza sin afanes de formal innovación; en el peruano, nuevos ritmos sin delicada virtud íntima. Por ello, Chocano alcanzó tal vez su máxima estatura cuando, en hora de conmemoración nacional, se encaró con un gran tema épico, el de Ayacucho, e intentó, tal vez sin llevarlo a cabo, el largo poema ya en desuso. Y, aparte de esto, cuando la inspiración indigenista le apronto un motivo lírico, tal como el de la glosa de un dicho indio, del "¡Quién sabe, señor!", tan felizmente lograda, que conviene ignorar las otras dos glosas simétricas para encontrarle sabor pleno. Este acierto en la nota perseguida por las rutas de la elocuencia y encontrada en senderos de sencillez es como el premio inesperado que corona de pronto una labor tenaz.

José Santos Chocano entró en España como un conquistador, con mucho estrépito de armas. Su primera victoria fué ante un público zumbón, en el Ateneo de Madrid: victoria de lector, ganada verso a verso, frente a un auditorio que había comenzado por extrañarse ante su acento sobre manera marcado. La "Elegía del órgano" representa muy poco a Francisco Navarro Ledesma, en cuya conmemoración fué leída; representa a todo Chocano. Es una poesía que se puede acortar o prolongar indefinidamente. Termina cuando parece que "ya hay bastante"; no cuando la economía propia de la composición le impone final. Y así tantas otras (así también las estrofas del admirable "¡Quién sabe, señor!", que podrían ser una más o una menos).

Exito de lector, de poeta en voz alta, fué el de Chocano; y éxito asimismo de música fácil y de comprensión pronta, sin repliegues a lo Darío, ¡y sin sus hallazgos, sin sus peregrinas adivinaciones! El españolismo de Chocano —inútilmente contradicho por los que hubieron de impugnar cierta poesía suya, muy "leyenda negra"— no se desmintió nunca. "La sangre es española e incaico es el latido", proclamaba en su "Blasón" de "Alma América". Pero sangre y latido se prodigaron en lo espectacular. Ahí también dijo que, de no ser poeta, hubiera sido quizá "un blanco aventurero o un indio Emperador". Llegó al mundo cuando ya había pasado el tiempo de los Emperadores, y fué poeta áulico. De los aventureros tuvo la energía vital y la trágica muerte; la existencia, poblada de atrevidas piruetas y de ademanes generosos.

Urbina, cuya máscara facial quemaban soles antiguos, fué poeta en voz baja, en susurro, en suspiro. Vivía en España, a las puertas de Madrid, y sólo contados amigos lo sabían: amigos que, en torno suyo, gozaban frecuentemente de su sabrosa plática, ni de Emperador ni de aventurero, sino de hombre muy vivido, que ha dejado en las sendas del vivir pedazos de su alma y que sabe vivificar sus memorias en una hoguera de afectos inextinguibles. Oro y espuma de clara cerveza, conversación de amigos, refugio de hogar, le bastaban. "No soy de este tiempo", solía decir cuando se le hablaba de sus versos. Y no dejó de hacerlos nunca; y aun en los últimos llegó a poner un ingenio verbal muy despierto, sin romper jamás la suave música de antaño, ni aun cuando quebraba los ritmos regulares en que dió sus más ingenuas canciones.

Nada de vidas espectaculares. Su nativismo mejicano, por ser verdadero, tenía siglos detrás. Graciosamente fuera de moda, algunos versos suyos de los más divulgados conservan, en su melodía añeja, vigor de buen vino en botella empolvada:

más, con voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro...

Poesía inactual, por supuesto; pero de la que se saborea, hallándola en un volumen ajado, con más fruición que el atrevido alarde, presto marchito.

Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
soplo de la ilusión y la locura:
tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino.

Música de romanza italiana, no de "lied" germano. Vibración del endecasílabo, que en los buenos poetas de

(Pasa a la página 154)

Primicias de "Oro de Indias"

4

Por ROBERTO MEZA FUENTES

= Envío del autor.—Santiago de Chile, 1934 =

(Conclusión.—Véase la entrega antepasada)

Otra nota de nuestra flora exuberante llama la atención del maestro Unamuno en los versos de **Alma América.** Austero como un padre del yermo, ascético en su honrada fortaleza de vasco, en quien no sería aventurado suponer un lejano entronque semítico, agónico en su intensa pasión de heterodoxo sin descanso, el rector salmantino se emociona con nuestras magnolias americanas, tan diferentes, ¡ay!, de las de la Plaza de su Bilbao natal. Chocano, por varios modos y en versos admirables siempre, canta a las magnolias. Unamuno, que entre sus muchas virtudes de precursor y de vidente tiene la de haber iniciado el nuevo descubrimiento de América, anotó en su prólogo ya citado y comentado: "Hay en los versos de Chocano algunos que me dan una sensación de americanismo mayor aun que muchos otros Ved el titulado **La Magnolia.** Es una linda composición, —este epíteto tan usado en América, linda, es el que aquí encaja mejor; —pero esas magnolias americanas, es decir, indígenas, primitivas, son muy otra cosa que aquellas otras melancólicas magnolias que hace tiempo embalsamaban por primavera, bajo el terco orvallo, la Plaza Nueva, aquella puritanesca y casi lúgubre Plaza Nueva de mi Bilbao. ¡Pobres magnolias desterradas, soñando acaso en la selva virgen, entre el geométrico cuadrado de las uniformes casas de aquella Plaza Nueva de mis ensueños juveniles". Más adelante: "las magnolias me traen el recuerdo de mi infancia lenta". Así escribía Unamuno en Salamanca en la primavera de 1906. En 1907, en el volumen de sus religiosas y profundas **Poesías,** transcribía en verso de severo ritmo clásico las emociones que en recia prosa le había suscitado el libro de Chocano:

Entre tus casas orvallaba triste
como si al mundo el cielo aleccionase;
era tu cielo un cielo, hoy lo comprendo,
muy metafísico.

En torno a aquel estanque de las ranas
de metal vomitando el agua a chorros
se alzaban desterradas las magnolias
soñando a América.

Llegaba primavera con sus flores
y el perfume, recuerdo de la selva,
a embalsamar el patio despedían
las blancas ánforas.

Tiritando las pobres bajo el terco
orvallo, con los trinos se adormían
que entre el verdor de su follaje alzaban
cientos de pájaros.

Así, bajo el tedioso sirimiri
que hizo en mi alma caer la parda lógica,
florecieron magnolias que soñaban
la patria mística.

Y me dieron perfumes de la selva
nunca hollada, y los pájaros celestes
bajaron a cantarme en su verdura
de amores trémulos.



José Santos Chocano

Dibujo de *E. Alvarez.*

Por contraste, Chocano, voluptuoso del color y de la forma, evocaba en Unamuno, poeta interior y místico, sucesor en Salamanca de la cátedra y el martirio de Fray Luis de León, todo el secreto paisaje de su espíritu en los días de su mocedad y niñez, recordados por él más tarde en un pequeño libro sencillo y admirable. Virtud de poeta ha sido despertar en un espíritu superior como el del exégeta de la **Vida de Don Quijote y Sancho** estas "divergencias" que, en prosa y en verso, han servido para revelarnos la más profunda intimidad de tan intenso conductor de almas. A Unamuno debemos la tentativa más sincera de cordialidad y de justicia para América. Ha sido el primer español que ha hablado de nosotros sin la menguada intención de adularnos o humillarnos. Su prólogo de **Alma América,** entre otros muchos ensayos sobre nuestras cosas y hombres representativos, tendrá que ser necesariamente recordado cuando se escriba nuestra historia literaria. "Nuestra lengua, — subrayó Unamuno en ocasión que marca todo un momento para España y América — nos dice allende el gran mar cosas que aquí no dijo nunca".

Hoy seguimos encontrándole razón al maestro cuando, con oportunidad de estas **Primicias de "Oro de Indias",** hemos procurado contemplar panorámicamente la obra lírica de Chocano. En **Alma América, Fiat Lux, Ayacucho** y **Los Andes** (canto IV de **El Hombre Sol),** descubrimos una línea clara y armoniosa hacia la cumbre de perfección que culmina en estas **Primicias.**

Poesía de América, de nuestro paisaje, de nuestra historia, traducida en un castellano que no se había oído antes y que, sin embargo, nos parece antiguo. Paralelamente a esta emoción continental que en cada libro ha ido depurándose, va la emoción íntima del poeta que cuenta y canta sus desalientos, sus altas empresas espirituales, sus inquietudes y esperanzas. Capítulo especial, que aquí no podemos dejar sino insinuado, es el de la técnica literaria, en la que alcanza una segura e insuperable maestría. Usa la imagen de color hasta fatigarnos la retina con su derroche propio de un buen discípulo de Simbad y Aladino. Enriquece el vocabulario poético con voces de América, a las que da un sello augusto de dignidad y de nobleza. Y, embriagado de música, recurre a una métrica personalísima, en la que caben todos los ritmos y sobra todavía espacio para la arbitrariedad elegante y el capricho funambulesco. "Prosa envuelta en verso" ha de llamar él mismo a unos de sus poemas. En **Alma América** surge, sin querer, en muchas de sus composiciones el recuerdo de la técnica de José Asunción Silva, el mago doliente de los **Nocturnos.** Sólo de la técnica. La emoción en José Santos Chocano es siempre personalísima. Personales son también sus adjetivos y sus bizarrías. Como subtítulo de **Alma América** escribe: Poemas Indo-Españoles. Y en la nota de un poema que dedica a Rubén Darío: "Tanto Rubén como yo tenemos la osadía de creer públicamente en Dios". Unamuno, espíritu religioso, nos dice que este poema, **Evangeleida,** no lo es. Niega esta virtud a Chocano para considerarlo más bien un visual enamorado del inédito paisaje de América. Más cerca de la verdad de Chocano estuvo José Enrique Rodó, que reconoció en él "al poeta que, por raro y admirable consorcio, une la audacia altiva de la inspiración con la firmeza escultórica de la forma y que, con generoso designio, se propone devolver a la poesía sus armas de combate y su misión civilizadora, acertando con el derrotero que, en mi sentir, será el de la poesía americana".

Rodó, que no fué profeta cuando negó el americanismo de Rubén Darío, vislumbró plenamente al gran poeta que en **Oro de Indias** afirma armoniosa y victoriosamente su profesión de fe indoespañola. Ayer decía:

Yo de una rima frágil haré una carabela;
me sentaré en la popa; desataré la vela;
y zarparé a las Indias, como un Colón del
verso.

O bien:

La sangre es española e incaico es el latido;
y de no ser poeta quizás yo hubiese sido
un blanco aventurero o un indio emperador.

Y, todavía, frente a la contemplación de las obras de Velázquez y Goya, pa-

ra él la fuerza y la gracia, en el Museo del Prado:

Sentí que se ilustraba, por dentro de mi
barro,
sangre de Calcuchima con sangre de Pizarro;
y quise en el Museo, pensando en mi montaña,
ser la mitad de América y la mitad de España.

Hoy, con el tono indolente de quien ve pasar la vida como a través de un cristal crepuscular, dice:

He llegado, en tres siglos de viaje, desde
España
nombrado por Cervantes Virrey en el Perú.

¡O, enamorado siempre del misterio, que lo ha llevado a través del laberinto de todas las religiones en busca de su alma:

Yo no sé si fuí acaso pájaro en una Antilla
que al ir de nube en nube como una anunciación
salir quiso al encuentro del alma de Castilla
y se posó en un mástil del barco de Colón.

Persiguiendo esta elegancia de la forma se enamora del áureo vellón de las vicuñas, princesas encantadas que florecen en el silencio blanco de la cordillera andina:

¿No serán las vicuñas princesas o vestales,
que, en el pitagorismo de las reencarnaciones,
en sus venas mantienen fuegos sacerdotales
o rumian añoranzas de danzas y canciones?

Vuelve otra vez el poeta a sus juegos de hastío elegante, lánguida flor de decadencia, en los que palpita un alma antigua y refinada, sabia en esotéricas iniciaciones:

Beatitud de mi estancia dormida.
Yo bendigo el sopor de esta hora,
sin ninguna ambición fermentida,
sin ninguna esperanza traidora,
más allá de la muerte y la vida.

Y, dejándose llevar de este amor de profunda raíz religiosa, el poeta que cantó un día:

que el trabajo no es culpa de un Edén ya
perdido,
sino el único medio de llegarlo a gozar

nos hace hoy voluptuosa y maravillosamente un elogio de la "negligencia sagrada". Bolívar, héroe de su epopeya, toda música y escultura, le da alas para escribir un poema al desaliento:

Embarquémonos todos en un solo navío
luciendo en proa un lema que sea un desafío:
¡Aremos en el mar!

El poeta dijo un día:

Donde ha habido laureles
ha tenido que haber voluntad.

Y exaltó su emoción en versos de viril resonancia que hacen pensar en los exámetros griegos y que son dignos de ser esculpidos en bronce como el evangelio de un pueblo y una raza que es la juventud del mundo:

Voluntad es la clava con que Alcides sacude el Olimpo,
voluntad es escudo con que Aquiles se lanza al fragor.
Es el arco de Ulises que dispara los dardos certeros,
es la espada vibrante de Alejandro que brilla en el sol,
es un árbol sin flores en que muere Jesús endiosado
y es la vela sonora que despliega en su nave Colón.
Una América hay siempre que te aguarda, Colón: ¡serás grande!
Un altar que te espera tras la muerte, Jesús: ¡serás Dios!

Ayer el poeta hallaba el más claro y viril símbolo de su vida en la quilla que desafiaba viento y marea con una enérgica y armoniosa elegancia, para hacer su ruta en el océano y rescatar el vellocino encantado. En versos épicos de bíblica entonación dibujaba el perfil helénico de Córdoba, el compañero de Bolívar, célebre por sus arrogantes palabras que resuenan en la historia de América como una trompeta inmortal para señalar el camino de la victoria: "Colombianos: Armas a discreción: de frente; paso de vencedores". Hoy, en un gesto de renunciación suprema en que hay algo de fatalismo oriental y de cristiana resignación, el poeta que ha escrito en su escudo la frase rotunda y combativa de **O encuentro camino o me lo abro** propone como lema del desencanto y la derrota:

Aremos en el mar.

Y, sin embargo, Chocano continúa fiel a sí mismo. Sus versos de ayer y de hoy no hacen sino mostrar fragmentos de esa creación inagotable que es el alma de un hombre. El dolor y la alegría, la vida y la muerte, la exaltación y el abatimiento no son sino los versos de una estrofa que sólo el poeta sabe rimar y armonizar, forjando con las notas dispersas que llegan a visitarlo en el silencio de su retiro la plenitud de una ideal sinfonía.

Este hombre que no tuvo infancia, nos guarda, en medio del desencanto, pura y fragante el alma que no pudo expandirse en juegos y canciones. Acomodándolos a su vida sentimental que ha conducido su barca errante por los mares del mundo crea ahora sus propios cuentos y nos habla de la Cenicienta, Caperucita, la Bella Durmiente, el Gato Bandido, Barba Azul o el Lobo, pero siempre el protagonista es su corazón atormentado y dulcificado en el sufrimiento. Nuestra naturaleza le presta su tapiz mágico para sus "Mil y Una Noches". Y cuando piensa en su vida nos habla también de "las mil y una noches de mis aventuras". Cuando comienza a escribir su autobiografía la titula **Las Mil y Una Aventuras.** Siempre, con insistencia, aparece citado el libro eterno, que ha venido leyendo y releyendo desde la infancia y que le mantiene a flor de alma esa niñez ensombrecida por la tragedia y la muerte.

Amo el lujo y el ocio de aquella Edad remota
y algo oriental hay dentro del disuelto rubí
de mis venas y dentro de mis canciones y
dentro de casi toda la vida que viví.

A esta genealogía oriental, aunque la supongamos sueño de poeta, hay que agregar la ingénita gallardía española y la enigmática tristeza americana, que hace al poeta decir al indio:

Corre en mis venas sangre tuya,
y por tal sangre, si mi Dios
me interrogara qué prefiero,
—cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiel que colme mi canción—
responderíale dudando:
—¡Quién sabe, Señor!

Logra el poeta realizar en sí la síntesis del sentimiento autóctono y la cultura hispánica. Su poesía trae un acento que no conocíamos. Alcanza en ella el milagro de la inteligencia ordenadora del caos. Sabe caer de rodillas ante el Quetzal, ave sagrada de las Mil y Una Noches de América que tiene el silencio en su garganta entristecida por la pérdida de su imperio y el arco iris en su pluma heráldica. Y sigue cantando este deslumbramiento de la belleza, aunque, como el ruiseñor de la leyenda, le arranquen los ojos para sentir más celeste su desesperado canto humano. Minero profundo, continúa el poeta buscando bajo nuestros bosques y en el fragor de nuestras ciudades el tesoro oculto de incas y aztecas y descubriendo, más que ese oro de adalinesco resplandor, el recinto secreto e inviola-

---

Vidas no...

(Viene de la página 152)

Méjico logra un matiz que aun no llego a analizar, cuestión de acento, y no de acentos, que corresponde a la modulación lánguida de algunas canciones del país, que al pronto parecen música vulgar europea, y acaban por infiltrar una nueva y sutil ponzoña. Así Urbina, el poeta de ayer, que supo llegar hasta hoy fiel a sí mismo y a su raza, sin despertar de su sueño a fuertes mayas o aztecas lujosos, atento a la palpitación incansable de un corazón calladamente apasionado.

España dió a Urbina, con su postrer reposo doméstico, lleno de ausencias mejicanas, los ecos de su vida nacional, cuyo estruendo llegaba hasta él amortiguado, más puro y genuino, y que le inspiró algunas de sus mejores páginas de prosa. De España no le cautivó el esplendoroso pasado ni la brillantez externa. Supo sentir su fuego tenaz, su calor amigo.

do del alma nuestra impasible, esfíngica, misteriosa. Alma de pueblo nuevo que no ha encontrado su expresión.

y 5

Ha sido un hispanista norteamericano, el profesor George W. Umphrey, de la Universidad de Washington, quien más certeramente ha trazado el perfil psicológico de nuestro poeta, al intentar, con buen éxito, el paralelo de Chocano y Walt Whitman. El hombre de Camden fué, para el profesor, un demócrata enamorado de la igualdad, la libertad y la fraternidad. El poeta de Lima "es aristócrata por naturaleza y naturalmente reclama parentesco con los caudillos sociales de todos los tiempos". Canta por igual a los conquistadores y a los héroes indígenas de la resistencia, "personalidades dominantes que no pueden hallar cabida en las modernas democracias". Escribe en su juventud versos contra el tirano, que lo hacen conocer la prisión en hora temprana. Nace su canto arrullado por el horror del Aljibe del Castillo del Rey Felipe que, desde época legendaria, conoce la tortura de los hombres que sufrieron persecución de justicia. Whitman canta a una democracia que tiene en Lincoln su capitán iluminado. Mira Chocano la desolada extensión de la América nuestra y busca siquiera un hombre que nos compense de la ausencia de un pueblo. Dolorosamente, ha de llegar a la conclusión de que las personalidades egregias y creadoras están en nuestro pasado. Una de ellas, entre todas, lo seduce: el Libertador Bolívar. Y el poeta que, casi niño, conoció la prisión por sus ilusiones democráticas, termina virilmente declarando que, al gobierno de la farsa, prefiere el de la fuerza. Escribe un canto del gran poema que América debe a Bolívar y encuentra en el Presidente Leguía, con el mejor estímulo para dar cima a su obra, la más abierta comprensión crítica para medir el destino de este poema épico, inconcluso en su realización, completo y perfecto en su planeamiento arquitectónico. "Si la **Ilíada** tanto sirvió para la unidad de Grecia —escribía a Chocano el Presidente Leguía— si la **Divina Comedia** fué la precursora de la unidad de Italia, yo no dudo de que la Epopeya del Libertador elevará el espíritu continental y determinará en día no lejano la unidad de América." Leguía, que era un déspota ilustrado y amante de la cultura, encargó a Chocano esta empresa espiritual porque consideró como obligación de su gobierno la "de rendir un homenaje intelectual a nuestro Héroe epónimo". Y, antes de leer la obra realizada por el poeta, el Presidente estaba seguro de que, "por la índole de su arte", habría de corresponder "a una **Ilíada** de América vista como al través de la fantasía de Dante". El Presidente Leguía, gran bolivariano, tenía en su poder un autógrafo de Bolívar en la última página de un ejemplar de la primera edición hecha en Londres de **El Ingenioso Hidalgo.** Bolívar, cuyo doloroso paralelo con Don Quijote ha escrito Unamuno, "recomienda en tono enfático la lectura del gran libro a todos los habitantes del Perú y Colombia". Rasgos que definen por igual al Libertador, al discutido gobernante contemporáneo, y al poeta, no menos discutido, que con mano magistral ha forjado en su epopeya panteísta la rítmica escultura del héroe.

Enamorado de sí mismo, sano y alegre como un primitivo pastor trashumante, lleva Whitman a su canto de exaltación de las fuerzas naturales que en él culminan como un ser de selección de la especie humana. El versículo bíblico, amplio y religioso, le da la entonación para su canto apasionado. Nuestro poeta, embriagado de la lujuria de su paisaje tropical, detiene sabiamente el vértigo en su hora de plenitud y dice con voz serena una canción con que acaricia cielo, mar y tierra y exprime su alma cansada del mundo y siempre ávida de nuevas inefables bellezas. "Mi ideal, —escribió un día, y, enamorado de la plenitud ha de seguirlo repitiendo mentalmente— en la vida y en el arte sería el de armonizar la imaginación del latino, la gravedad del germano y la energía del sajón". Sin abatir su lírico penacho, ha hecho en la escuela del sufrimiento su aprendizaje de humildad. No renuncia a sus épicos laureles, pero, como un Francis Jammes varonil y doliente, nos habla de la intimidad del hogar azotado por el ala de la muerte. Las buenas cosas familiares dormidas en la soledad de los muebles dialogan acerca de la madre ausente que ha dejado la huella de una invisible presencia. Todo recuerda una antigua bondad hogareña, una apacible serenidad doméstica:

...el hogar mío
donde junto a mi padre siempre grave y sombrío
mi madre gobernaba su rueca de cristal.

El recuerdo de la madre, como un templo sepultado, duerme en lo más profundo de su soledad silenciosa:

Tal siento que, tras la muerte de mi madre,
en el fondo de mi alma queda muerto mi hogar.

El poeta pone su emoción a la sordina y su verso, fulgurante de imágenes, se tamiza en una media luz tenue que tiene la leve y melancólica elegancia del claro obscuro. Hay luz de luna en el resplandor de las gemas del verso y un temblor humano recorre el canto que parecía anunciarnos la inmortalidad. Hemos paseado ya por la tierra de la maravilla. Nos hemos sumergido en el misterio azul del mundo submarino en **El Pescador de Perlas** y hemos revivido el encanto de las épocas pretéritas que seducen a nuestro poeta en los versos aristocráticos de **En una casa colonial** prestigiados por una noble pátina antigua:

...y sin querer
en el silencio de la noche oigo la gota
que está llorando por el tiempo que se fué.

Es un aguafuerte de la colonia en que a la elegancia y el refinamiento de la evocación de una época fastuosa e indolente, se une la pasión trágica escondida bajo la máscara de un alegre carnaval. Y vuelve su amor por los colores deslumbrantes al contemplar en los mares de América a ese mancebo que resucita con su viviente escultura la gloria de los días helénicos:

al ver en lo obscuro
brincar las estrellas
imagínase una mano misteriosa
que, en mitad del golfo las aguas penetra,
y arroja a las nubes
puñados de perlas.

El poeta, según su propio decir, ha salido a correr aventuras en la noche de los siglos. Y, sin amargura, nos trae, estrujándose el corazón como un racimo, una experiencia triste y armoniosa. Fascinado por la fábula oriental, marcha ahora "como un rey que anda tierras vestido de pastor". Ha perdido, acaso, el áureo tesoro de las ilusiones pero ha conquistado la felicidad inefa-

ble de saberse y sentirse él mismo. Y así, desde el fondo de la prisión, canta a una estrella argentina como lo haría desde su rama matinal un ave de leyenda. Y así también, a través de las rejas hostiles, ve alzarse el perfil de Jesús lleno de gracia y aprende la consoladora enseñanza del perdón. Voluptuoso de todos los sentidos ha comprendido ahora la suprema y divina voluptuosidad de perdonar:

...Tal vez, hermana mía,
eso que nos parece maldad sólo es tormento.

Prisionero vive en una cárcel de amor, en la que Jesús vigila la puerta cuyos barrotes hacen misericordiosamente la señai de la cruz. En un rincón de sombra y de retiro llegan a visitarlo todos los grandes calumniados de la Historia. Limpio de vanidad, siente la alegría de haber encontrado su alma e iniciar, como un niño, nueva vida. Sin decirlo, su canto melancólico anuncia el alba. Triste y fuerte, sereno como una fuente, espejo del cielo, sabe recoger la belleza del mundo y devolverla, trémula de música y de color, en versos que expresan cristalinamente la esencia de su espíritu. Se funde con la intimidad de su alma la naturaleza bravía de una tierra virgen que tiene en él un verbo resonante y estremecido de su maravilla.

Lejano está el tiempo en que el poeta publicaba libros impresos en tinta azul y conjugaba el verbo amar con un impetuoso fervor dionisíaco. Sigue diciendo:

El arte es todo vida, la vida es toda amor.

El paralelo con Whitman que él mismo inició un día con un grito de raza y que el profesor norteamericano lleva a sus últimos extremos, puntualizando sus analogías y diferencias, podría encontrarse justificado en toda su verdad en estos dos versos del poeta de **Briznas de Hierba**:

Soy grande. Contengo multitudes.
Aquel que toque mi libro tocará a un hombre.

Ambos se entregan a vivir su destino. Si uno, idílica y bíblicamente, se dedica a cantar a la democracia, el otro, leal a sí mismo, quema antiguas adoraciones y se inicia en el culto de los héroes, de las voluntades fuertes y de las personalidades egregias. Con diferente genio individual recogen la inspiración de paisajes distintos. Pero uno y otro, en versos varoniles y libres, dan vida perdurable a la esencia de su tierra y de su raza. Juegos maravillosos de ritmo, color y música, los poemas de José Santos Chocano son la herencia espiritual del viejo imperio, que como los persas, adoró al sol.

Verticalmente, sin inquietud ni duelo, el poeta otea el panorama del mundo desde su torre de cristal, abierta para dar paso al amor. Cada cinco años nace un nuevo canto de gracias a su refugio quimérico. 1914, 1919, 1924 son las fechas de los poemas de la torre. En horas de desaliento, que también llegan en el lento crepúsculo, cree que es mentira el cuento oriental que ha vivido en América y entonces dice desoladamente:

El Hijo del Rey
no vuelve a pasar.

Pero, sobrecogido por su responsabilidad de poeta y profeta, piensa en la epopeya de América, en el romancero de América, en las Mil y Una Noches de América, en el libro de su vida que es, también, una historia abreviada de América. Entonces mira desfilar a los toros en una procesional marcha litúrgica, baña en el río donde acecha el caimán a los briosos caballos que descienden de los que trajeron los conquistadores, hace volar a la garza inmaculada o, desde un automóvil que bordea abismos, siente esfumarse en el camino un enigmático rostro de mujer. En el vértigo de una alucinante pesadilla, un tigre salta sobre el lomo de un caballo; y en el silencio de la selva, turbado apenas por el canto de un ave, otro tigre

se pasea con graves, lentos, blandos pies.

Y así van surgiendo historias y leyendas de plantas, volcanes, lagunas, ciudades. Así nace la sinfonía de unos trajes femeninos que ciegan con su llamarada polícroma y acarician voluptuosamente el oído con su frufrú interminable en su delicia paradisíaca. Después de esta feérica fiesta de los sentidos vuelve el poeta a preguntar por su espíritu que en hora primaveral cantaba:

Mujer: Tú fuiste a modo de un pájaro marino
caído en la desnuda cubierta de mi nave.

El viejo Lobo Enamorado que pide piedad a Caperucita, el poeta que se sintió anacrónico hasta decir:

Mi verdadero presente es el pasado

sigue todavía buscando el propio camino perdido y clama transido de angustia mística:

quién sabe en donde esté
más de lo que estoy en mí.

De este íntimo combate han de surgir nuevos libros del poeta, que nos revelen hasta el fondo la historia de su alma. El gran lírico es digno del gran épico y se confunde con él en una grávida plenitud armoniosa. Desde su Torre de Cristal puede dar el grito de su hermano Rubén al acercarse, con el cabello gris, a los rosales del jardín: **Mas, es mía el Alba de Oro!**

Honra y gloria nuestra será para siempre la de que, desde este último rincón del mundo, lance el poeta sus libros que han de leer dos continentes para cerrar con áurea magnificencia el ciclo literario abierto en esta misma tierra por un joven poeta de Nicaragua que se llamó Rubén Darío.

Omisión de un "no"

La hubo, y lo sentimos, al finalizar el discurso del Dr. Solón Nuñez que publicamos en el número anterior, pag. 135, columna 3ra.

El párrafo completo:

Señor Presidente,
Señoras,
Señores:
Permitidme que os trasmita el saludo cordial de la más exigua de las Repúblicas del Continente; de 600.000 habitantes distribuídos en 50.000 kilómetros cuadrados de tierra fecunda, profusamente irrigada, que el sol mima con lo mejor de sus rayos, sin sofocarla jamás; y el saludo cordial de su mandatario, don Ricardo Jiménez Oreamuno, tres veces Presidente de la República, en periodos **no** consecutivos, y cuya personalidad, como decía el ilustre rector de la Universidad de La Plata, don Joaquín V. González, al hablar de Sarmiento, "es como la corteza del árbol, que se adapta a todas las edades y crece y se vigoriza con el tiempo."

En el bicentenario del nacimiento del P. Goicoechea

El Doctor don Antonio Liendo y Goicoechea y la mula del Doctor Camacho

= Capítulo VII de la *Historia de veintiun años*. La Independencia de Guatemala, escrita por el Dr. RAMON A. SALAZAR. Guatemala, C. A. Mayo de 1928. Págs. 57 y 58 =

(*Véase el Cap. III* en el No. 4, tomo en curso.)

Vivía en aquella época en Guatemala y se movía entre las gentes adustas, ignorantes y preocupadas que constituían la masa de la sociedad colonial, un espíritu finamente sutil y burlón, cuyas festivas sales de ingenio y agudezas le valieron que el mismo severo Arzobispo Fray Ramón Casaus y Torres lo comparara en posteriores años con Quevedo. Era el Padre Fray Antonio Liendo y Goicoechea, de cuya personalidad científica me he ocupado con más extensión en uno de los capítulos anteriores.

Durante los dos últimos años del siglo XVIII y los dos primeros del siguiente, redactó la "Gaceta de Guatemala", en donde nos ha dejado trabajos dignos de su ingenio que es lástima no sean más numerosos porque los pocos que escribió en este género, son como relámpagos en la noche de la obscuridad colonial.

Goicoechea firmaba sus artículos satíricos con el pseudónimo de "El Viejo Lecornes".

En uno de ellos, relativo a "Espantos", decía que aquellas alucinaciones y creencias eran tan comunes y generales en la sociedad guatemalteca que no había rango ni persona alguna que se exceptuase de creer en ellos.

El buen Fraile trataba de curar a sus paisanos de aquel mal, comenzando por referirles el cuento siguiente:

Erase un Cura de Chinameca llamado el Doctor Camacho, quien tenía una mula de calidades excelentes: buenos andares, brío, seguridad, ligereza: solamente que estaba contagiada de espantos. Porque era el caso que cuando desde el pesebre oía el ruido de los estribos y sonajas de la albarda, se alborotaba e inquietaba, de manera tal, que parecía estar poseída de una legión de demonios: daba saltos, patadas y corcovos, infundiendo miedo en cuantos la observaban. Pero el Doctor Camacho, que la tenía conocida más que a sus libros, la mandaba traer, la daba sus palmaditas en las ancas, le acomodaba el freno y en seguida, recogiéndose los hábitos, montaba sobre ella y caminaba como un Mercurio.

Pero lo más notable del caso era que el ruido de los aparejos no iban siempre dirigidos a los lomos de la mula, por haber en la cuadra otras bestias qué aparejar; pero los insultos, en todo caso, le eran iguales: fuese para ella la albarda o no le fuese, siempre el ruido maldito la desesperaba.

Tal es el sencillo cuento, o fábula, más bien dicho.

Veamos la moraleja que deducía de ella el malicioso escritor:



Haciendo panela en una hacienda pequeña del Depto. de Jinotega, las Segovias de Nicaragua.

(Hacienda "La Ceiba")

"En Guatemala hay muchas personas que se encuentran en el mismo caso que la mula del Doctor Camacho, que sin ser para ellas la carga, sin irles ni venirles el negocio, y sin tener que pagarlo sus costillas, claman, se quejan y dan patadas como si fuesen en cuerpo y alma la misma mula del Doctor."

Aun le aventajan y llevan cuerpo y pelo por lo espantadizos, porque nuestra mula sólo se descomponía con ciertos y determinados rumores dirigidos de cabo a rabo a sus lomos, y no a otros ningunos; pero las bestias de que se trata, no hay ruidos que no las saque de casillas y las haga perder la chaveta, vengan de donde vinieren.

¿Son disposiciones privativas del Gobierno?: Gritos, respingos y saltos hasta las nubes.

¿Sentencias del Supremo Tribunal? Coces contra él.

¿Providencias del Ayuntamiento?: corcovetas y patadas al aire.

¿Negocios de Frailes y de Monjas?: Bufidos y relinchos sobre ellos y su casta.

Nuestro animal y los del cotejo corren parejas en la prontitud y facilidad de inquietarse sin fundamento.

¡Pobres animales!: no se puede tratar duramente en los periódicos de vuestra enfermedad. He visto uno de esos pacientes que a sólo el husmo y barruntos de que se trataba de su persona, se le huyó la sangre de las venas, perdió el color y por poco perdemos también un buen sujeto.

Las criaturas espantadas, a todas horas están con la boca a medio abrir y las orejas paradas y alertas a escuchar si se mueve algo contra sus Mercedes. El temor y sobresalto les hace ver palpablemente albardas aun donde no las hay; cuanto se habla al oído, es murmuración de sus individuos; se quejan de su estrella perversa y maldicen sus hados y fortuna. Todos aquellos entes bellacos, malandrines y follones que hacen ruido en los cascos míseros de tan buena gente, los tienen cuidadosos y amedrentados: brujos, hechiceros, **sombrerones** (1), **lloronas** (2), **siguanabas** (3)...

Convengamos que la enfermedad de espanto no es cosa de chacota.

La mula de Camacho se dejaba aparejar y montar con increíble mansedumbre. Todos los acometidos de espanto llevan muy bien sus cargas y sudaderos con tal de no oír ruidos preliminares: no se les ha de ni a legua su trabajo.

¿Son tontos, malcriados, majaderos, pesados y groseros? No hay que decir oxte ni moxte: chitón.

Ni aun por vía de consejo (que es cuando decimos: **no sea usted bestia**) hay que acordarles su defecto: semejante fraternal advertencia, también les hace respingar y se echa a perder la bestia sin remedio".

Y el donoso y picaresco Fraile concluía su artículo recetando a aquella sociedad enferma, en la que por lo que se ve era Médico y el único hombre sano: una dósis de **buena digesión moral**, que diríamos ahora sentido común.

(1) Sombrerón: un negro que espantaba en los caminos, cubierto con un sombrero de vara y media de diámetro.

(2) Llorona: mujer que suponían que por haberse comido a su hijo, iba llorando por las calles de Guatemala todas las noches.

(3) Siguanaba: bruja en figura de doncella que engañaba a los hombres y los hacía desaparecer.

Pierre Louys, poeta helénico

(Versiones de RAFAEL LOZANO)

= *Envío del traductor.*—906 Bussett Tower. El Paso, Texas, U.S.A. =

ASTARTE

Está sentada. Cruza con actitud sucinta
un brazo por los senos listados de oro fino
y enarca sobre el trono con un delfín marino
su piel de luna helada y que la noche pinta.

Adorna sus cabellos una irisada cinta
con el creciente claro sobre el disco divino.
Sus ojos bajos hacen que brille de contino
el incoloro ombligo como una estrella extinta.

Bajo sus dedos lívidos de ademán estatuario
oculta el sexo virgen un loto legendario
y dos ramas de lirio brotan de sus axilas

que a su cuerpo se enlazan en sentido contrario
bajando en los reflejos de atardeceres lilas
hasta besar sus plantas de argento milenario.

PEGASO

Sus cuatro patas hacen brotar chispas del suelo.
Y se acuartela el blanco y mítico animal
cuyos virgíneos flancos que no sufren petral
se abren en airoso y misterioso vuelo.

Sube. La crin al aire lo nimba como un velo
y al corcel en menguante trueca en astro inmortal
que fulge contra el oro del firmamento, cual
Orión junto a cualquiera constelación del cielo.

Y como en otro tiempo bebían en la fuente
—que surtiera a las coces del equino esplendente—
la ilusión de siderales cabalgadas,

los poetas, que lloran por los cultos perdidos,
imaginan que bajo sus diestras inspiradas
el corcel blanco cruza por los cielos prohibidos.

EL BUCOLIASTA

La flauta, dúctil entre los dedos espigados
y dócil como una mujer a las palabras,
vibra, y el claro enjambre de trinos enjaulados
se mezcla a los balidos campestres de las cabras.

El tañedor modula sus cuitas infantiles
en vano: sólo Eco, lejana y triste, alterna.
Las Musas ya no atienden los cantos pastoriles
que una cigarra inspira y que un buitre consterna.

Mas el doncel musita: **Soy, oh Febo radiante,**
bucoliasta que aspira devenir hierofante.
Confío en que tu gracia el lauro me confiera

y, para que me premies con tu sonrisa grata,
consagraré en el ara que orna la Primavera
mi caramillo agreste a tu lira de plata.

LA DANZA

Al través de la clara bruma de siete tules,
la comba de su cuerpo se enarca hacia la luna.
La núbil se acaricia con su melena bruna
y con sus dedos donde tiemblan astros azules.

El sueño de ser pavo real de amplia cola
despierta una sonrisa bajo las bellas plumas
de su abanico. Gira como flor entre espumas
estirando los pliegues de su ligera estola.

Casi desnuda, baila con supremo abandono.
Ya huye, torna, gira... y pasa. Junto al trono,
el patriarcal monarca gime ante la ilusoria

fugitiva, que danza con una flor obscura
y que trae en la sangre como ala de gloria
la obsesión de la sombra lunar que la tortura.

LA SIRENA AGONIZANTE

El mar, crespo y luciente, circuye a la Sirena
bajo un vuelo de aves que llevan largos flecos
de nieve, recogidos en los ramajes secos,
pues ya el invierno argenta las olas en la arena.

La brisa aclara el cielo del alba, que deviene
azul, sobre los templos de Grecia en las colinas.
Y por el mar helado que mece algas marinas,
los pájaros friolentos emigran a Cyrene.

La diosa de los dulces ojos glaucos se asombra
al ver huir las aves de la noche y la nieve,
y sueña con la dicha de escapar de la sombra...

Un estremecimiento la recorre. Ya en vano,
al sentir el oleaje que un viento frío mueve,
escuda el torso, hecho estatua, con la mano.

LAS JOVENES FAUNESAS

Dos faunesas se persiguen, entre las yerbas hirsutas
y bajo el claro de luna, mientras corren a la fuente.
Brincan sus ancas ligeras al huir alegremente,
alborotando los pelos de su colas diminutas.

Galopan, y sus esbeltos pies con pezuñas de chivo
van deshojando las flores y saltando las raíces.
Como son parientes, muestran casi idénticos matices:
los mismos cuernos de concha y un igual ardor lascivo.

Por fin, llegan a la fuente que surte de roca obscura...
Las dos se empujan y ríen, mientras beben con premura,
mojando sus lindos senos la linfa que las retrata.

Se lanzan — batiendo el aire con los pies — en ágil salto
y, cubriéndose los ojos con las manos, de muy alto
se dejan caer al fondo de espumosa catarata.

SUBSCRIPTUM TUMULO IOANNIS SECUNDI

(Vixit annos XXIV)

Este, que no fué en vida ni fraile ni guerrero,
no quiso que en su tumba, crezca, junto al rosal,
ni la palma beatífica ni el laurel victorioso.
Viandante, no lo llores y vete sin rezar.

¡Tantos hombres han muerto por buscar los placeres!
Sombras que cubre el negro manto de la tristeza,
¡cómo transponen luego la hondura de la noche,
inconsolablemente, con voces de sorpresa!

Guárdate la piedad que te late en el pecho
para aquellos que mueren con su carne mortal.
Penetra en su sepulcro, abre la puerta obscura
y arrójales las flores que ignoraron cortar.

Mas este, que reposa bajo esta piedra llana,
duerme igual que en el lecho de Psiquis Eros mismo.
Tres amores volando se inclinan en la tumba
como una sola rosa que abre su rojo vivo.

Conoció los secretos de la mano en la mano,
el fervor de la boca y la voz de los ojos.
El fué aquel para quien las bellas son más bellas.
Su corazón aun arde, viandante. Vete pronto.

La belleza le hizo creer la vida dulce.
El latir de su pecho agita sus estrofas.
Sus palabras nos brillan cual los ojos abiertos
y el grato odor di fémina su bello libro aroma.

El oso y la abadesa

Por FRANCIS VIELÉ - GRIFFIN

(Versión de RAFAEL LOZANO)

= *Envío del traductor.*—906 Bassett Tower. El Paso, Texas. U.S.A. =

...y, desde entonces, ese animal no quiso alejarse de aquel recinto, viviendo entre las vírgenenes piadosas, no como un oso feroz, sino tan manso como uu cordero·

Vida de Santa Gulia

Fuera del viento que ríe en los ramajes
y del caer de los frutos salvajes
sobre la herrumbre de las hojas
rojas,
fuera quizás
del cuerno montaraz
que llora largamente,
el silencio es tan imponente
en el atrio y en el umbral
que se escucha, desde el portal
abierto a la arboleda
—sobrecogida religiosamente—,
la plegaria en voz queda
que entona sin distingo,
de rodillas entre las bancas,
el coro unánime de monjas blancas
en la víspera del domingo.

Bajo la ruda cimbra del portalón umbroso,
el bosque, convocado,
respira sus inciensos hacia el altar radioso
donde todas las flores,
con su boca febril y emocionada,
besan las plantas del Crucificado
para aliviarle sus dolores.
El viento dice su prez musitada...
Desde el portal
da su aroma el bosque autumnal
en pos del Todopoderoso,
en pos del incensario majestuoso
a los pies del Crucificado;
en pos del símbolo diverso
que El nos ha dejado
en santa piedad por el Universo.

Disturba la paz — que extasía
en la hora beatificada —
el ulular de una cacería
que se acerca por la cañada:
es la loca jauría
precipitada
que se hunde en la sombra profunda,
es el cuerno que inunda
de alaridos terribles la floresta,
destranquilizadora
ya de tal modo que, la Superiora,
grave, fina y apuesta,
vuelve los ojos al portal abierto
y ve acercarse, con andar incierto,
un oso que hacia ella se encamina
y que a sus pies se inclina,
manso, humilde y anuente.
Las monjas rezan fervorosamente.

Después, en el mismo marco de piedra,
la jauría ululante que arredra
enseñando los dientes,
temeraria y brutal,
se detiene de golpe en el umbral
bajo los látigos de los sirvientes;
y el Emperador baja de su cabalgadura,
se signa y, con unción, se llega a la clausura.

Entonces, se levanta y dice la abadesa:
Carlomagno, el asilo es sagrado.
Y el Emperador se arrodilla y reza
y sigue de caza por el collado.

Es la estación en que los días
van en decrecimiento.
El oso recorre todo el convento,
se esconde tras las celosías
y sigue a la abadesa en sus actividades,
ya profanas o pías,
y hasta en las mismas solemnidades;
y en el jardín, donde hilan la lana,
va en pos de ella,
pisando su huella,
mejor que un paje tras su castellana.

Fuera del rezo,
cuando se habla a Dios
con embeleso,
nunca se oye el murmullo de una voz.
Y el oso solamente escucha a la abadesa
que habla con los ojos
o con un gesto de terneza,
mas nunca con sus labios rojos.

Y la abadesa, en el silencio, sabe
lo que le dice el oso con su mirada grave.
Así se comunican aquello que se ignora
porque es la palabra demasiado sonora
y la vida por ella es brutal y salvaje,
hallando en el silencio el único lenguaje
donde la idea cobra su amplitud
y desarrolla toda su virtud:
y la Bella y la Bestia, en comunión secreta,
dicen el sueño del poeta.

La abadesa, tan dulce y pálida, se abisma,
y, mientras lo acaricia con su florida mano,
vive de nuevo su sino lejano
y en el silencio dice: **Oso hermano,
nuestras dos vidas son una y la misma,
por eso me amas y por eso te amo.
Yo, como tú, vivía
en la gran selva umbría
que circunda el castillo de mi padre
entre cuyos muros el silencio encierra,
pues no se oye nunca un perro que ladre
ni el ronco sonar de un cuerno de guerra.
Y tú, que viviste en el bosque umbroso,
dime, hermano oso,
¿fuiste tú también acaso dichoso?**
—Y en sus ojos fijos ella veía
la selva rebosante de alegría.

**Cierta vez, un hidalgo me encontró de su
gusto,
mas yo lo rechacé con gesto adusto;
mi padre tampoco cederme quiso
y tuvo que cerrar
el puente levadizo.
Aun me pongo a temblar
pensando en el combate
que se entabló como debate.
Dime, hermano oso,
¿no temblabas al escuchar
el sonido del cuerno fragoroso?**
—Y en sus ojos fijos ella veía
el nocturno terror de la gran selva umbría.

**Ya vencido mi padre, me tuvo que entregar
y a Dios yo le pedía me viniera a ayudar:
Me puse el velo obscuro sobre un vestido
blanco
y, al escapar de aquella pasión que era que-
branto,
me llegué con sigilo
—era también la víspera del día de guar-
dar—
hasta el altar
donde encontraste asilo.**

**De ahí que en toda víspera del día del Señor
se abra el portal tan grande como un res-
plandor
para invitar a la plegaria
hospitalaria
a todos los que busquen asilo, paz y amor.
Por eso, hermano oso,
nos hallamos unidos en el silencio fervoroso.**
—Y en sus ojos fijos ella veía
la oración que dice la selva pía.

**Yo quisiera, ahora que mi vida está muerta,
que el cielo del buen Dios me entreabriera
su puerta;
pero yo desearía que tú fueses conmigo
como cuando pasaste el portal, oso amigo;
triste el cielo estaría sin hallar tu mirada
a la que me tienes acostumbrada;
yo quisiera ir contigo, si el buen Señor me
deja.**
—Así dijo, y entonces lo besó en una oreja.

Ella estaba sentada bajo un árbol florido
que de pétalos blancos le regaba el vestido;
el bello sol de junio hacía fluir el oro
por la gran escalera del claustro en calma,
levemente sonoro
por un trino feliz de aguzanieve.
Ella, tal vez, soñaba, la cabeza caída,
porque al abrir los ojos a la tarde vencida,
en lugar de aquel oso a quien besó en la
oreja
se encontró con Jesús en su gloria bermeja,
que le dijo, con una sonrisa indefinida,
—tal como se contesta a un niño que inte-
rroga—:
**Dulce abadesa, frágil cual nenúfar que boga,
que tu buen alma sea bendecida
por la piedad que anida
en tu corazón virginal;
ven, la gracia que pides mi padre te la
otorga,
porque era yo, tu Dios, ese pobre animal.**

(L'Amour Sacré)

Máximas y...

(*Viene de la página siguiente*)

heroico a lo que es monstruoso, teatral, palpable; a lo que salta en verdad a los ojos y sacude los nervios. Transportes, desarreglada fantasía, intuiciones intermitentes — a las que se llama geniales—, desorden, bohemia, agitación nerviosa, en vez de serenidad viril, de espíritu metódico, de pensamiento tenso y poderoso, de existir puro y sin tacha, de actos y acciones efectivas. Pero nosotros queremos poesía, no fantasía; fuerza, no atletismo.

Todos nosotros queremos ser jefes. Y no cabe duda que debe haber jefes, pero el jefe no debe ser un amo. Buen jefe será quien sepa servir, quien se sienta a sí mismo conducido y desee serlo.

No creo que la reforma necesaria pueda realizarse en el solo dominio económico. Es preciso realizar al mismo tiempo la reforma de las costumbres y de las opiniones.

El mundo desea que lo engañen, pero esto no es una razón para engañarlo.

Una política realmente democrática tiene este problema ante sí: ¿cómo neutralizar la influencia perniciosa del espíritu de partido? Debe haber partidos, desde luego, pero éstos no tienen derecho a estorbar el desarrollo de los individuos.

Que cada cual tenga la preocupación de sí mismo. Esfuerzos en ser políticamente la más poderosa individualidad posible. Individuos es lo que necesitamos. Las masas responden siempre al llamamiento.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

El testimonio vivo

Por JORGE ZALAMEA

= De *El Tiempo*.—Bogotá =

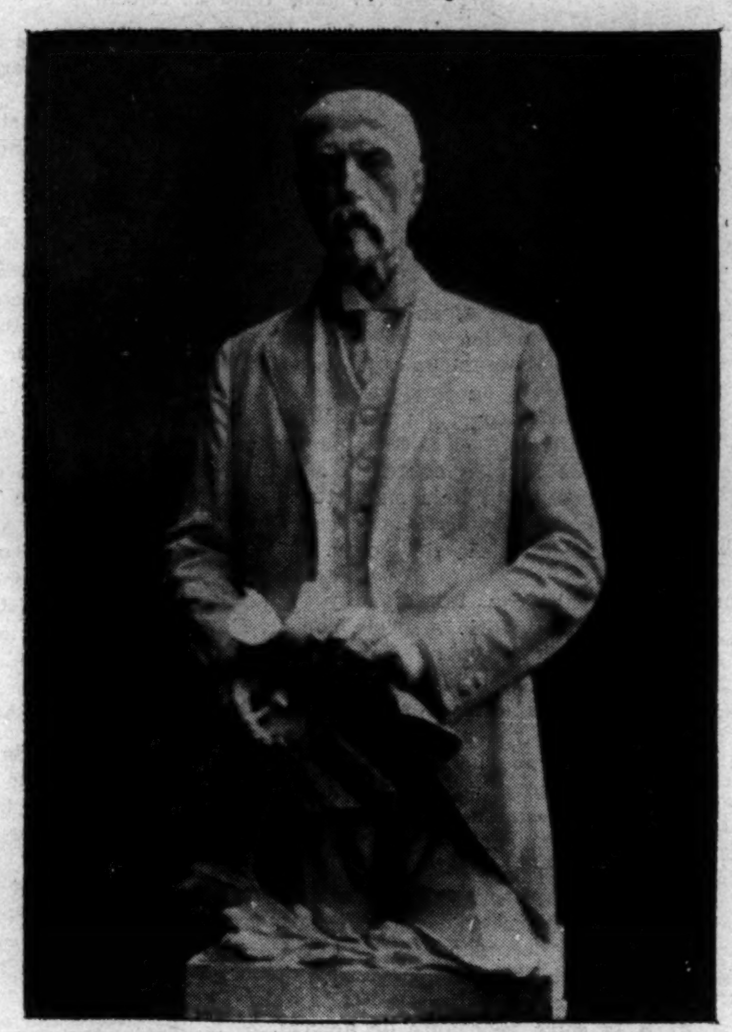
Al contraer matrimonio, en los Estados Unidos, Tomás Masaryk cambió su nombre, introduciendo en él con singular preferencia el apellido de su esposa. Desde entonces, el hombre de Checoeslovaquia se llama a sí mismo Tomás Garrigue Masaryk. Acaso nos quiso significar con ello que no sabía tomar sin darse, que de su propiedad más íntima y más alta usaba dar fe poniéndose a su servicio, que sólo deseaba ser amo de aquello que mandara en él. Y en verdad que toda su vida no ha sido otra cosa que el testimonio fervoroso y severo de cómo puede el hombre realizarse a sí mismo si establece entre la vida y su espíritu un trueque de servicio y beneficios.

Es difícil que la contemporaneidad nuestra pueda ofrecernos ejemplo más cabal de hombre productivo y beneficioso. Movido por la razón y la moral, por el realismo y el conocimiento metódico, Tomás Garrigue Masaryk se puso a construir su propia vida en no menor escala que la nacional; de tal manera que, al verse a sí mismo cumplido, tenía entre sus manos una patria bien parteada y mejor criada. Y esta patria no fué obra sorpresiva, no se fraguó al socaire de una revolución ni entre la trágica escenografía que conviene a las masas ululantes que Sergio Einseinstein nos hiciera amar como espectáculo; sino que tuvo sus raíces en la obra de moralidad, de crítica y de realismo que llevara a cabo tal hombre durante cincuenta años.

En su caso, ya no es sólo un intelectual interviniendo desganadamente en política; es algo más: un moralista que restituye a su pueblo un legado espiritual de los Comenius, de los Havlicek, de los Juan Hus, agregando a la veracidad heroica de estas vidas aquel don inapreciable que permite superar la realidad por el conocimiento crítico de ella. Sobre la divisa de Hus: "Ama la verdad, busca la verdad, defiende la verdad" Masaryk enseña a su pueblo cómo esa misma verdad veneranda puede ser superada por el hombre si en vez de hundirse en las tenebrosidades atrayentes del maniqueísmo, trata, no ya sólo de vencer al mal con el bien, sino de corregir al bien con lo mejor, con lo óptimo.

La etapa crítica de su obra se cumple en trance tan pavoroso como la guerra europea; en torno suyo se alzan mundos nuevos, profundamente atrayentes por su novedad y por la mayor justicia que prometen. A su lado mismo, se hunde la Alemania de la revolución abortada y se levanta la Rusia de la revolución desfigurada. El menor contagio de locura hubiese hecho de su obra, para siempre, una monstruosidad. Pero él era de los que sabían que no manda la letra sobre las cosas del mundo, ni hay doctrina que valga cuando sus mandamientos son enemigos del hombre, así lo sean so pretexto de una mayor justicia y fraternidad. El pagaba a la letra su tributo, pero sin dejar en mora sus deudas con el espíritu.

Si hubo nunca un liberal auténtico, lo es Tomás Garrigue Masaryk. Por tal razón bien pueden en nuestra Babel política sonar sus palabras a tiempos superados y reputarse no valen más que valiera el eco muerto de algo que ya tuvo consumación. Pero será difícil que de estos tiempos nuevos que se anuncian con tan sospechosa algarabía, se destaque un varón que diera mejor cumplimiento a su especie, a su patria y a sí mismo.



T. G. Masaryck, en estatua

Máximas y mínimas

Por T. G. MASARYCK

= De *El Tiempo*.—Bogotá =

La primera exigencia de la humanidad, la primera regla de la sociología, es poner a cada individuo en condición de cultivarse. Oponerse a ello, trátese de un individuo o de un pueblo, es cometer un pecado mortal, pues el derecho de cultivarse pertenece a todos los hombres exactamente en la misma medida que el derecho a la vida.

Sin una reforma efectiva del corazón y de la cabeza, sin una reforma del pensamiento y de las costumbres, se puede muy bien, gracias a una revolución, suprimir al diablo, pero para instalar en su sitio a Belcebú.

Las masas necesitan la verdad y la honestidad; es, pues, menester antes que nada que cada cual sea honrado y verídico para consigo mismo.

Los esfuerzos hechos por el proletariado en favor de tales o cuales reformas, son naturales y legítimos, pero, como lo dijera Marx, "el hambre no es un programa". Toda dictadura, y esto también reza con la del proletariado, realizada sin conocimientos administrativos especiales y sin un gran plan político, conduce a un doble fracaso político y económico. Basta subrayar que la política no es simplemente el deseo de una organización ideal de la sociedad, sino que debe consistir igualmente en el conocimiento de los medios que hayan de emplearse para llegar a ese estado ideal. El desharrapado pide naturalmente que se le dé calzado y al recibirlo puede darse cuenta de que hiere sus pies, pero sólo el zapatero podrá hacérselo y corregírselo. Otro tanto sucede en política. Una democracia debe asegurarse la asesoría de especialistas políticos, pues los vicios del régimen democrático no proceden del parlamentarismo, sino de las insuficiencias de la masa social.

No espero la salvación de ningún partido; pero lo que sí sé es que seremos invencibles si en cada partido y en cada clase se encuentra un número suficiente de hombres dignos de ser tales y capaces de reflexión; de hombres que sin acuerdo previo ni nexos visibles realicen, cada cual en su esfera un trabajo que tienda al mismo fin.

La ausencia de una formación política y filosófica conduce a sobrestimar la política y a quitarle todo nervio. De ahí esos políticos de taberna cuya cerveza democrática no vale mucho más que la reacción hastiada del champán aristocrático.

El espíritu de iniciativa, he ahí la divisa práctica de nuestra época reformista. Se pide al hombre moderno que haga historia y a quien toca hacerla es a cada uno de nosotros, desarrollando plenamente nuestra existencia intelectual y espiritual, no aceptando fórmulas, sabiendo avanzar solos, en absoluta libertad.

El realismo puede ofrecer un elemento esencial de grandísimo valor en la obra de construir nuestro Estado. Ciertamente tenemos necesidad del conocimiento de las cosas, de los hechos, de la realidad. Entre nosotros hay todavía mucha gente que se contenta con ideas y conceptos vagos y abstractos; de tal manera que el realismo, a título de esfuerzo para alcanzar la realidad concreta, es extremadamente deseable. Ya he dicho en numerosas ocasiones que esto no quiere decir sometimiento a los hechos, sino conocimiento de ellos para hacerles sufrir los cambios necesarios conforme a un programa maduramente reflexionado.

El mundo llama grande y he-

(*Pasa a la página anterior*)

Imprenta «LA TRIBUNA»